

ENTRE COMICOS TE HAS DE VER
DE
LUIS ENRIQUE OSORIO

Comedia en tres actos

Estrenada en el Teatro Municipal de Bogotá por la Compañía Bogotana de Comedias en octubre de 1944.

REPARTO

ATLANTA, la ingenua	Ana Luz Morales
CONCHITA, la característica	Maruja Montes
OLIMPIA, la aficionada	Aurora González
SIRENA, la inusitada	Marina García
ROQUE BAMBA, el director	Dr. Juan C. Osorio
PACÍFICO, el apuntador	Leopoldo Valdivieso
JONAS, el veterano	Víctor Díaz
ORESTES, el galán nato	Raúl Otto Burgos
PERICO, el aprendiz	Francisco Bernal
El AUTOR	Oscar Tovar

Escenario con cámara montada para ensayo a la concha. Al fondo, un pequeño trasto colgante, que sugiere una laguna.

Al levantarse el telón, ATLANTA recita en traje de Eva chibcha.

Sentados de espaldas al público, la observan ROQUE, el DIRECTOR, y PACÍFICO, el apuntador.

ATLANTA. – (***Recitando desabridamente***).

Vengo del vacío... Vengo del arcano
Para ser la madre del género humano...

ROQUE. – No me gusta ese tono... Comienza de nuevo poniendo un poco más de misterio en la voz... ¡Qué se sienta el génesis de la humanidad en tus palabras!

ATLANTA. – Vengo de...

ROQUE. – Aguarda un momento... (***Se dirige al público, enfurecido***). ¿Quién está haciendo ruido en la platea?... ¿No comprenden que así no es posible ensayar?... Repito: los artistas al escenario, listos para cuando se les llame; y los curiosos a la calle... (***Volviendo a ATLANTA***). Sigue, pues; pero sintiendo lo que dices.

ATLANTA. – (***Más expresiva***).

Vengo del vacío... Vengo del arcano
Para ser la madre del género humano.
Salgo de estas claras aguas de la laguna,
Porque así lo mandan el sol y la luna.

ROQUE. – Te he dicho que no acciones así, con ambos brazos, como si estuvieras recitando versos de colegio en el mes de mayo. Posesiónate de que eres la madre Bachúe, de la leyenda chibcha, que dio origen a todos los mortales y salió del agua con un niño en los brazos. Si los tienes ocupados, ¿cómo puedes abrirlos?... Se caería la criatura.

ATLANTA. – (*Displicente*). Como se trata de un ensayo... (*Muerde un emparedado*).

ROQUE. – ¿Y para qué se ensaya, sino para aprender a hacer las cosas bien?... Dame acá tu fiambre, que por eso no entras en materia... (*Se lo quita*). En el génesis de América, cuando apareció el hombre por estos contornos, aun no había vacas ni sementeras... No habían por lo tanto inventado el queso ni el jamón... y muchísimo menos el pan francés.

ATLANTA. – Es que... en este ambiente tan frío, sin decorados y sin público, no puedo posesionarme del papel... Y lo del niño se me olvida siempre.

ROQUE. – Hagamos, pues, las cosas a lo vivo... Don Pacífico. Dígale al utilero que mande el muñeco.

PACIFICO. – Muy bien, don Roque.

(Sale *PACIFICO a toda prisa*).

ATLANTA. – ¿Por qué no suprime ese recién nacido, don Roque? Resulta ridículo, para una actriz joven, salir a escena con niño alzado.

ROQUE. – Por desgracia no puedo modificar la mitología chibcha... Además, se trata de una leyenda bellísima, mejor que la de Adán y Eva; porque en vez de que la mujer salga de la costilla del hombre, es ella quien saca a su hijo de la laguna, para amamantarlo amorosamente... El cuento tiene hasta sabor feminista.

ATLANTA. – (*Rebelde y asustada*). ¿Tengo también que amamantarla en público?

ROQUE. – No, no, no... Te estoy apenas explicando la leyenda. y sigue el ruido ahí en la platea!... ¿Qué hace el traspunte, que no saca de ahí a todo el mundo?... ¡Caramba!

ATLANTA. – Podrá ser muy bella esa fábula; pero no me convence.

ROQUE. – ¿Qué? ¿Pretendes ahora colaborar con el autor?

ATLANTA. – Podrían suprimir el primer cuadro, don Roque, y darle comienzo a la obra cuando el niño está ya grande y se enamora de Bachúe... ¡Esto sí es lindo!

ROQUE. – ¡No faltaba más!

(*Entra PACIFICO con un muñeco grande y desnudo*).

PACIFICO. – Aquí está Iguaque.

ATLANTA. – (*Malhumorada*). Yo preferiría que me cambiaran el papel.

ROQUE. – (*Furioso*). ¡Se acabó! ¡O ese o ninguno! ¡Aquí manda el director de escena! Ensayas, o te vas para tu casa definitivamente.

ATLANTA. – (*Alzando a IGUAQUE*).

Mientras la lujuria me tiende sus lazos,
Sólo encuentro un niño que llora en mis brazos.
¡Crece, niño mío! ¡Serás mi sostén,
¡Y después abuelo de Matusalén!
De mi vientre mítico, redondo y pro...
¡Ay, yo no siento eso!

(*Deja caer el muñeco*).

ROQUE. – ¡Tienes que sentirlo, o no eres artista!

ATLANTA. – De mi vientre mítico, redondo y profundo saldrán las criaturas que pueblan al mundo...

(*Contiene la risa, pero al fin estalla*).

ROQUE. – Repito que no es motivo de risa.

ATLANTA. – Cuando llego ahí no me puedo contener.

ROQUE. – Entonces, no sirves para el teatro.

ATLANTA. – Va a oír, además, cuando lleguemos ahí, lo que me dicen desde la galería...

ROQUE. – (*Energúmeno*). ¡Se acabo! ¿Trabajas o no trabajas?

ATLANTA. – (*Enseriándose y arrullando al muñeco*).

Ata - bosa - mica... Muica - Jisca - Ta
Crécete mi niño, crécete mi ya,
que viene Huitata y te comerá...

ROQUE. – Basta... Dejemos ahora lo que sigue, ya que está bien ensayado, y pasemos al cuadro de la pubertad.

(*Tira el muñeco hacia afuera*).

ATLANTA. – ¡A la concha, don Pacífico!

PACIFICO. – (*Se mete en la concha*).

ROQUE. – ¡Pericó!... ¡Perico, te toca!... ¿Pero qué le pasa al traspunte, que no lo tiene listo?...

Suban la laguna y bajen la caverna.

(*Entra PERICO, a lo Tarzán. En tanto, cae un trasto de Caverna*).

PERICO. – Ahí estaba esperando; pero como se saltaron un pedazo...

ROQUE. – Adelante, pues... (*A la concha*). ¡Letra, don Pacífico!

PERICO. – (*A ATLANTA*). ¿Madre?... ¿Amante?... ¿Qué eres tú?

ATLANTA. – Aunque tu madre Bachúe,
Debo ahora ser la esposa
Del hijo que llegó a púber.
Debo ser la mujer fácil
Que te complique y perturbe.

PERICO. – Sí... Ya tus senos no manan
La dulce leche materna
Ahora me desafían
Como las puntas de penca..

ATLANTA. – (*Acercándose, muy sensual*).

¡Toda tuya!... ¡Toda tuya
¡Manda!... ¡Pide lo que quieras!

PERICO. – (*Vuelve a mirar a ROQUE, como pidiendo consejo*).

ROQUE. – ¿Qué hubo, hombre? ¿No te das cuenta de la situación?

PERICO. – (*Muy gitano*).

Si mi madre fuiste ayer,
Hoy te haré ser... ¡mi morena!

ROQUE. – ¿Déjense de andaluzadas, que esto sucede en América!

PERICO. – Y cuando tengamos hijos...
Y cuando tus hijas crezcan...

... Esas hijas incestuosas
Que te harán la competencia...
Terminará tu hermosura,
Vendrá la vejez sinistra,
Y ya no serás mi amante,
Sino tan solo... ¡mi suegra!

ATLANTA. – ¡No... Que antes de envejecer
¡He de volverme culebra!

PERICO. – ¡Lagarto!

ATLANTA. – ¡Lagarto!

PACIFICO. – (**Sacando las manos sobre la concha, con el meñique y el índice en alto.**)
¡Lagarto!

ROQUE. – ¡Esto es absurdo!

PERICO. – ¿No le gusta así?

ROQUE. – Ante todo, les he advertido que si quieren decir lagarto cada vez que lo oigan nombrar a la culebra, lo hagan en voz baja y con disimulo. El público va a creer que eso forma parte del libreto. No me opongo a que sean supersticiosos; pero sí a que destrocen los versos.

PERICO. – ¿Repetimos?

ROQUE. – ¿Para qué, si ni siquiera se saben bien los papeles? Se oye más al apuntador...
Vayan más bien a estudiar, mientras descanso unos minutos.

(**Salen ATLANTA y PERICO, de la mano.**)

ROQUE. – (**Hacia la concha**). Atlanta ha mejorado un poco. En cambio, Perico no da más en ese papel.

PACIFICO. – (**Saliendo de la concha**). No da... A ese sí es cierto que le falta emoción... No se posesiona... No está pensando sino en que la otra le muestre los dientes...

ROQUE. – ¿Andan enamorados?

PACIFICO. – Están más ocupados de ellos mismos que de la obra. Por eso no la toman en serio.

ROQUE. – Creo más bien que el amor es un incentivo para el arte. Y como además el chico tiene tan buena voluntad...

PACIFICO. – Don Roque: no se haga usted ilusiones románticas. El teatro, aunque viva de explotar el amor, es muchas veces víctima de ese mismo amor. Ofrézcale usted romances al público; pero téngales miedo entre bastidores.

ROQUE. – ¿Cómo evitarlo, si al fin y al cabo no estamos moviendo marionetas, sino seres humanos?

PACIFICO. – La sociedad está también compuesta por seres humanos, y no se apoya en el amor, sino en la crueldad y la disciplina. Y esto, al fin y al cabo, ¿qué es, sino una humanidad en miniatura?

ROQUE. – ¡Triste noticia para un director de escena!

PACIFICO. – Si se empeña usted en hacer teatro en este país, eche a la basura dos cosas; el corazón y el miedo al qué dirán; y quedese tan solo con el público... Y si acaso, con su conciencia.

ROQUE. – No quisiera sin embargo prescindir de ese muchacho. ¡Es tan noble! Creo que si le pusiéramos un papel menos difícil...

PACIFICO. – Tal vez..., yendo poco a poco... Peores he visto salir a escena, y no los asesinan.

ROQUE. – ¿Con quién lo reemplazamos?... ¿El anuncio del periódico no ha traído nuevos aspirantes?

PACIFICO. – Muchísimos; pero nada que sirva.

(*Entra ORESTES, joven locuaz y extravagante*).

ORESTES. – (*Impetuoso*). ¿El señor director?

ROQUE. – Roque Bamba, para servirle.

ORESTES. – Orestes del Campo... Un servidor... Yo, señor... Yo, doctor... deseo hablar a solas con usted.

ROQUE. – Delante del señor puede decirme cuánto quiera. Es mi confidente.

ORESTES. – Pero... es un asunto largo.

ROQUE. – Procure usted abreviar, porque estoy en ensayos.

ORESTES. – Doctor: sé que usted va a dar comienzo a su temporada teatral... Soy recitador muy conocido... Pídame usted lo que quiera; antiguo, renacentista, moderno, ultramoderno, clásico, romántico, churriqueresco... ¿Quiere usted oírme un tomo completo de las Elegías de Varones Ilustres de Indias por Juan de Castellanos?... ¿O todo el Gonzalo de Oyón, de Julio Arboleda?... ¿O la Eneida que tradujo en verso don Miguel Antonio Caro?

ROQUE. – Por lo pronto, no.

ORESTES. – Comprendo: quiere algo más corto... ¿La Araña de Julio Flórez?... ¿La Luna de Fallon?... ¿El Nocturno de Silva?... En Venezuela, cuando recitaba el nocturno, me sacaban en hombros de los teatros... y hasta de los hoteles... ¡Una noche... una noche toda llena...

ROQUE. – ¡Lo sé de memoria!

ORESTES. – ¿Usted prefiere algo más nuevo?... ¿Bamba de Camacho Ramírez, o la Berta Singerman?... ¿Demasiado nuevo?... ¡Ya descubrí su gusto! ¡La canción de la vida profunda, de Porfirio Barba Jacob?... ¡Hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres!...

ROQUE. – No es necesario... Ya me he dado cuenta de sus capacidades.

ORESTES. – (*Enfocando a PACIFICO*). ¡Y hay días en que somos tan lubrinos, tan lubrinos!

PACIFICO. – (*Esquivándolo*). Conmigo no...

ROQUE. – (*A PACIFICO*). ¿Cómo le parece?

PACIFICO. – Podría servir, cepillándolo.

ORESTES. – Recíbame, doctor. Le garantizo que al lado suyo trabajaré con todo entusiasmo... Doctor: yo necesito ganar algo... Hace tres días que no como... Le digo la verdad.

PACIFICO. – Si con hambre es tan impetuoso, ¿cómo será bien alimentado!

ROQUE. – ¿Cuántos días puede usted ayunar?

ORESTES. – En eso le gano al fakir.

ROQUE. – ¡Al fakir?

PACIFICO. – No deja de ser una ventaja.

ROQUE. – Tiene madera de primer actor, en tal caso.

PACIFICO. – Por lo menos, es del oficio.

ROQUE. – Démosle entonces el papel de Perico. Y que Perico se conforme por lo pronto con hacer de Bochica, el apóstol que construye el Salto de Tequendama... La barba le disimulará un poco la simplicidad.

ORESTES. – Gracias, doctor, gracias... Ya verá que le hago quedar bien... Además, yo tengo mi público... Yo le traigo a usted público...

ROQUE. – Bien, bien... Vaya con Don Pacífico, a recibir el papel...

ORESTES. – Sin papel si usted quiere. Sin papel. Con una vez que oiga al apuntador...

PACIFICO. – Venga, venga...

(*Salen PACIFICO y ORESTES... Entra OLIMPIA*).

OLIMPIA. – Muy buenos días... ¿Don Roque Bamba?

ROQUE. – El mismo, señorita.

OLIMPIA. – ¡Ay, cuánto gusto de conocerlo! ¡No se imagina los deseos tan grandes que tenía yo de venir aquí!

ROQUE. – A sus órdenes.

OLIMPIA. – He vacilado y vacilado, y al fin me resolví... Se lo diré de un golpe. Don Roque: Por encima del mundo entero, voy a dedicarme al teatro.

ROQUE. – No veo ningún inconveniente.

OLIMPIA. – Y no es porque lo necesite... Entre otras cosas, tengo una tía muy rica que está desahuciada, y me va a dejar de única heredera... ¡Como medio millón de pesos, figúrese!... Ni sé qué haré con tanta plata... Comprará una linda residencia, y una casa de campo, y un automóvil... ¿Me alcanzará para todo eso?...

ROQUE. – Probablemente sí.

OLIMPIA. – Ya estoy aprendiendo a manejar... Pero por encima de todo, para mí no hay como el teatro.

ROQUE. – Aplaudo su entusiasmo.

OLIMPIA. – Lo único malo es que en mi casa se oponen de una manera atroz. ¿Cuestión de familia, no? ¡Por el apellido!... Vine a escondidas. Si llegan a saberlo me matan. Pero no importa... Le repito que nací para esto, don Roque. Yo debí de ser en otra vida una intérprete de Shakespeare, o una amiga íntima de Lope y Calderón. Me dedicaré al teatro en lucha contra todo inconveniente.

ROQUE. – ¿Ya es usted mayor de edad?

OLIMPIA. – ¡Dueña de mis actos!

ROQUE. – Sin embargo, si su familia se opone y usted espera una fortuna...

OLIMPIA. – ¿Qué pueden hacer? ¿Quitarme el saludo? Cuando sea rica me lo volverán a dar, haga lo que haga.

ROQUE. – Creo tener varios papeles como para su tipo.

OLIMPIA. – ¡No me diga! ¡Qué felicidad! ¿Cuáles, cuáles?

ROQUE. – Estamos montando una obra bastante compleja, que abarca desde la prehistoria hasta nuestros días. Comienza con la madre del género humano y termina con el retiro del último presidente a la Unión Panamericana.

OLIMPIA. – ¡Qué maravilla!

ROQUE. – Usted podría encarnar allí la mujer audaz de cada época.

OLIMPIA. – ¡Qué felicidad! ¿Seré capaz?

ROQUE. – Tiene usted una cierta vehemencia, un arrojo instintivo que les falta a las demás.

OLIMPIA. – ¿Y cuáles son esas mujeres?

ROQUE. – En la conquista, la favorita del Zipa, que pasa luego a ser motivo de riña entre los conquistadores.

OLIMPIA. – ¡Ideal!

ROQUE. – En la colonia, la Marichuela, que trastornó al Virrey Solís. En la independencia, Manuela Sáenz, la amante del Libertador...

OLIMPIA. – ¿Y en la república?

ROQUE. – Pues en la república... en la república... son tan bobitos todos los papeles femeninos... Pero algo ha de cuadrarle.

OLIMPIA. – ¿Por qué no me ensaya de una vez?

ROQUE. – Vamos a comenzar, sí. En usted hay madera. Lo indispensable es que se someta a la dirección.

OLIMPIA. – Me pongo incondicionalmente en sus manos.

ROQUE. – El artista, si quiere prosperar, deber ser, en manos del director, tan dócil como la cera...

OLIMPIA. – Estoy dispuesta a derretirme, si es preciso... Y en sus manos con más razón... ¡Supóngase!

ROQUE. – Vamos a ver... Quiero ante todo que se pruebe los vestidos de época.

OLIMPIA. – ¡Qué dicha!

ROQUE. – (*Hacia afuera*). Todos aquí, listos para ensayar el cuadro de a conquista, cuando yo regrese... (*A OLIMPIA*). Venga usted conmigo...

OLIMPIA. – ¡Me parece mentira!

ROQUE. – ¿El suyo no será un entusiasmo pasajero?

OLIMPIA. – Ya le he dicho que el teatro es mi destino... tendré eso sí, que cambiarme el nombre; porque mi familia, que es de las más distinguidas de acá... podría hacernos escándalo.

ROQUE. – La bautizo Olimpia Danaide... en recuerdo de Esquilo, cuyo nombre es más famoso que toda la aristocracia de Bogotá y el Chicó reunidas... ¿Le parece bien?

OLIMPIA. – Basta que usted lo diga...

(*Salen ROQUE y OLIMPIA, cruzándose con ATLANTA, PERICO y CONCHITA, que entran al escenario*).

ATLANTA. – No te dejes quitar el papel de Iguaque.

PERICO. – Dice don Pacífico que me falta experiencia.

CONCHITA. ¿Y porque te falta experiencia te dan un papel de viejo? ¡Como si los viejos no fueran las personas más experimentadas!

ATLANTA. – Eso digo yo.

CONCHITA. – Lo que sucede es que Don Roque no tiene nunca una idea fija. Ahora se entusiasmó con el recién llegado... seguirá entusiasmándose con todos los que lleguen, y nosotros iremos quedando a un lado.

PERICO. – No importa. Lo mismo da una cosa que otra.

CONCHITA. – Pero nosotros no debemos permitir que entre aquí toda clase de gente.

ATLANTA. – Si no te dejan el papel de Iguaque, retirémonos de la compañía.

CONCHITA. – Y yo los acompañó... a ver qué hace don Roque para levantar el telón.

(*Entra JONAS estudiando su papel, vestido de chibcha*).

JONAS. – (*Que atraviesa la escena leyendo su papel con gran prosopopeya*).

¡Soy el rey de los chibchas!
¡El amo de estas tierras,
De la sal y del oro
Y de todas las hembras!

CONCHITA. — ¡Jonás!

JONAS. — Mi harén está colmado
De mujeres espléndidas.
Pero es tal mi fortuna,
Pero es tal mi realeza,
Que tan solo acaricio
La luna y las estrellas...

ATLANTA. — Espérate a que regrese. El no oye sino por la derecha.

JONAS. — (*Regresando*).

Mujer, no me persigas...
¡Sólo quiero tu ausencia!

CONCHITA. — Oiga, Jonás.

JONAS. — (*Volviendo a la tierra*). ¿Qué sucede?

CONCHITA. — ¿Quién es el recién llegado?... ¿Lo conoce?

JONAS. — De sobra.

CONCHITA. — Tiene aspecto desagradable, ¿no es cierto?

JONAS. — Es individuo de pésimos antecedentes: borracho, ratero, petardista.

ATLANTA. — ¡Qué horror!... ¿Y ese es el que va a ser mi hijo, y después mi marido?

CONCHITA. — No debemos admitir es ultraje.

JONAS. — Yo, al menos, estaba pensando en retirarme de la compañía.

CONCHITA. — Pongámonos todos de acuerdo para decirle a Don Roque que ese individuo no nos conviene.

ATLANTA. — No es solo él. ¿Vieron la mujer que llegó hace un momento?

CONCHITA. — ¡Ay, sí! Nos mira a todos como si fuera una princesa. ¿Qué se estará creyendo! ¡Y el director en un mar de atenciones!

ATLANTA. — Si también le van a dar a ella mi papel, tendrán que quitármelo a tiros.

CONCHITA. — Ven, Perico. Vamos a hablar con los demás, para que nos respalden.

PERICO. – ¿Crees tú que convenga?

CONCHITA. – Claro que sí. Ven, ven...

(*Salen PERICO y CONCHITA*).

ATLANTA. – (*Estudiando el papel*).

Toda tuya... Toda tuya...
¡Manda! ¡Pide lo que quieras!

JONAS. – (*Estudiando también, pero mirándola de reojo*).

Soy el rey de los chibchas,
el amo de estas tierras,
y del sol, y del oro.
¡Y de todas las hembras!

ATLANTA. – No... Que antes de envejecer he de volverme...

JONAS. – ¡Atlanta! No lo digas... No lo digas sin necesidad...

ATLANTA. – No lo dije.

JONAS. – Atlanta. – Óyeme ahora sí...

ATLANTA. – (*Leyendo*).

Toda tuya... Toda tuya.
Manda... Pide lo que quieras.

JONAS. – ¿Por qué eres cruel?

ATLANTA. – Por favor: déjame estudiar.

JONAS. – ¿No te das cuenta de que me estás matando?

ATLANTA. – (*Despectiva*). ¡Ah, sí!

JONAS. – ¿No te das cuenta de que Perico es un niño, y nunca puede darte lo mismo que yo, ni quererte y comprenderte tanto como yo?

ATLANTA. – ¡Déjame ya en paz, por Dios!

JONAS. – Si yo hubiera sospechado que eras tan voluble...

ATLANTA. – Esa es la verdad. Soy voluble. ¿Y qué?

JONAS. – Algo peor: una coqueta.

ATLANTA. – (*Disgustada*). ¿Y qué?

JONAS. – Hoy te vas con Perico. Mañana será con el que acaba de llegar... y así sucesivamente.

ATLANTA. – ¿Y a usted qué le importa?

JONAS. – Atlanta. – me estoy volviendo loco... Siento un atroz desequilibrio... Tenme siquiera un poco de lástima, y no me niegues tu cariño... Aunque sea por lástima..

ATLANTA. – (*Volviendo a su papel*).

Toda tuya... Toda tuya.
Manda... Pide lo que quieras...
¡No!.... Que antes de envejecer
He de volverme... ¡culebra!

(Sale ATLANTA).

JONAS. – (*Como si le hubiera disparado*). ¡Lagaaaaaaarto!

(Entra CONCHITA).

CONCHITA. – Ya está.

JONAS. – Conchita... Conchita... Sostenme...

CONCHITA. – ¿Qué te pasa, Jonás?

JONAS. – El vértigo otra vez...

CONCHITA. – ¿Otra vez?

JONAS. – Sí... (*Cae desplomado*).

CONCHITA. – ¡Perico!... ¡Atlanta!... Se desmayó Jonás otra vez...

(Entran PERICO, ATLANTA, PACIFICO, OLIMPIA y ORESTES).

PERICO. – ¿Qué le hacemos?

CONCHITA. – Hay que frotarle la cara... (*Lo hace*). Ayúdame, Atlanta.

ATLANTA. – Sí, sí...

PACIFICO. – ¿Siguen los ataques?

CONCHITA. – Y esta vez fue casi de repente.

PACIFICO. – Frotén, frotén, muchachos. Ya conocen el remedio. De manera que no hay afán...
(A OLIMPIA). Si usted quiere ayudar, aproveche también... Escoja su sitio...

CONCHITA. – ¡Jonás! ¡Jonás!

PERICO. – Por ese lado no oye.

ATLANTA. – **(Por el oído sano).** ¡Jonás!

JONAS. – **(Como desde ultratumba).** ¿Ah?... ¿Ah?...

ATLANTA. – Procura volver...

JONAS. – La crueldad me mata... me mata...

CONCHITA. – ¿Qué dice?

PERICO. – Delira, tal vez.

OLIMPIA. – **(A PACIFICO).** ¿Esto es de la comedia?

PACIFICO. – Sí; pero no de la que representa para el público. Es la que hacemos para nosotros mismos.

OLIMPIA. – ¿Para ustedes mismos?... ¡Qué divertido!

ORESTES. – ¿Y ahí tenemos también que actuar los nuevos?

PACIFICO. – No cabe duda... Ya escogerán ustedes mismos sus papeles.

ORESTES. – **(A ATLANTA).** ¿Puedo ayudarle en algo?

ATLANTA. – Por el momento no. Los masajes de hombre no lo hacen reaccionar.

ORESTES. – ¿Es usted... la madre Bachúe?

ATLANTA. – Sí.

ORESTES. – Yo soy Iguaque... Vamos a tener varios parentescos...

JONAS. – **(Abre los ojos y trata de enderezarse; pero al ver a ATLANTA con ORESTES se desmaya de nuevo).** ¡Ay!... ¡Uy!

CONCHITA. – Frotemos...

PACIFICO. – Sí. Sáquenle partido a la situación.

ORESTES. – **(A OLIMPIA).** ¿Usted también va a entrar a la compañía?

OLIMPIA. – Sí... No porque lo necesite, ¿me entiende?... Soy bastante acomodada... Sino por entusiasmo artístico...

ORESTES. – Coincidimos en lo del entusiasmo... ¿Y qué papel hará?

OLIMPIA. – Las mujeres más vehementes de todas las épocas.

ORESTES. – Ojalá me toquen a mí los hombres más audaces...

OLIMPIA. – (*Prometedora*). ¡Ojalá!...

(*Entra ROQUE*).

ROQUE. – ¿Qué?... ¿Sigue mal Jonás?

CONCHITA. – Peor que ayer.

ATLANTA. – No reacciona.

ROQUE. – Veo que no podrá debutar... De pronto le da el ataque en escena, y fracasamos... Hay que buscar cuanto antes un reemplazo.

JONAS. – (*Sentándose*). ¿Dónde estoy?... ¡Ah, ya!... ¡Don Roque!

ROQUE. – Si se siente mal, váyase para su casa y descance unos días...

JONAS. – (*Poniéndose en pie rápidamente*). No, don Roque. No es nada. Yo ensayo... Yo ensayo.

ROQUE. – Temo que le haga daño...

JONAS. – Confíe en mí.

ROQUE. – A ensayar, entonces... Despejen la escena... Don Pacífico: a la concha...

(*PACIFICO se mete en la concha. Los artistas se hacen todos a un lado*).

ROQUE. – Quiten la caverna y bajen el trono del Zipa.

(*Sube el trasto de Caverna y baja el del Trono indígena*).

(*Entra el AUTOR, con sombrero alón y ancho corbatín negro*).

AUTOR. – ¿El señor director?

ROQUE. – Perdón. Ahora no puedo atenderlo.

AUTOR. – Usted perdone... Se trata de una comedia.

ROQUE. – ¿Por qué no la envió al concurso?

AUTOR. – ¿Yo entrar a concursos?... Eso se queda para los principiantes y los mediocres.

ROQUE. – ¡Ah, usted es un maestro! ¡Admirable!... Aquí estamos esperando al genio, y no llega.

AUTOR. – Tanto como genio, no sé; pero...

ROQUE. – ¿Y cómo titula su obra?

AUTOR. – La Balada de los Cisnes Azules...

ROQUE. – Ajá...

(*Los ARTISTAS van acercándose, intrigados*).

PACIFICO. – (*Sacando la cabeza por la concha*). ¿Comenzamos ya?

ROQUE. – Dentro de un momento... (*A los ARTISTAS*). ¡A sus puestos!... (*Los ARTISTAS retroceden*). Pero... ¿Hay cisnes azules?

AUTOR. – Si los hubiera, sería una obra vulgar.

ROQUE. – ¿Algo al estilo de Aristófanes, con animalitos en escena?

AUTOR. – Nada tengo que ver con Aristófanes... El ponía en escena los animales más comunes... Yo solamente cisnes

ROQUE. – ¿Y todos azules?

AUTOR. – Se subentiende.

ROQUE. – ¿Y cuál es el asunto?

AUTOR. – Propiamente no hay asunto. Eso pasó de moda. No hay sino un plasma de inquietud, para que cada espectador interprete a su modo, según su alcance intelectual.

ROQUE. – ¿Y eso divertirá?

AUTOR. – No me interesa divertir al vulgo.

ROQUE. – Entonces nadie vendrá a verlo.

AUTOR. – ¿Qué importa?... ¡Peor para el público!

ROQUE. – Pero si el público es el que paga a los artistas, a los tramoyistas, a los utileros, a los músicos...

AUTOR. – Ese es un argumento mercenario...

ROQUE. – Después discutiremos... Por lo pronto, hay que ensayar... Si quiere acompañarnos...

AUTOR. – No tengo inconveniente.

ROQUE. – ¿Qué hubo?... ¡Apuntador!

PACIFICO. – Aquí estoy, aburrido ya.

ROQUE. – Abra la página correspondiente a la caída del reino chibcha... Ante el trono, el Zipa, su favorita y la suegra.

(*Avanzan Jonás, Conchita y Atlanta*)

JONAS. – ¿Por qué mis tropas están deshechas?
¡Oh! sol! ¿Qué horrible desgracia viene
Sobre este trono de Nemequene?
¿Es que de nada sirven las flechas?

ATLANTA. – Esas no sirven ya para nada.
¡Ríndete! Es fuerza que nos inmoles,
Porque vinieron los españoles
Con arcabuces y con espada...

CONCHITA. – Nos ha llegado la perdición.
Ayer andaba con ese cuento
La cruel Huitaca, dueña del viento
Entre las fauces del boquerón.

JONAS. – Adiós, arbustos y rancherío...
Adiós, hirviente zumo amarillo
Que hace las glorias del Teusaquillo
Cabén las limpias aguas del río...

CONCHITA. – Hija de alma; serás esclava
Entre los bosques de cañabrava...

ATLANTA. – ¿Por qué, mamá?

CONCHITA Y JONAS. – ¡Porque nos echan de Bogotá...!

ROQUE. – Atlanta: ponle más emoción a lo que dices...

ORESTES. – (*A OLIMPIA*). ¡Qué malo está eso!

OLIMPIA. – Detestable

ORESTES. – Nosotros lo haríamos mejor.

OLIMPIA. – Ya lo creo.

AUTOR. – (*Sonríe despectiva, compasivamente*).

ROQUE. – Hablas como si te estuvieses tomando un vaso de agua... en momentos en que los españoles se van a tomar nada menos que todo el reino de los chibchas.

ATLANTA. – Es que ese papel es tan simple... ¿Cómo hago, entonces?

ROQUE. – ¿Qué cara pones tú, hijita, cuando tu papá y tu mamá te dan una mala noticia?

ATLANTA. – No sé; porque soy huérfana de padre y madre.

ROQUE. – ¿Para qué luchar más entonces?... Dejemos la cosa así... Adelante.

PACIFICO. – (*En la concha*). Mira la sangre de los vencidos cómo salpica... (*Más alto*). Mira la sangre de los vencidos cómo salpica... (*Más alto*). ¿Qué hubo Jonás?

ROQUE. – ¡Pero Jonás!

JONAS. – ¿Qué pasa?

ROQUE. – Que le toca.

PACIFICO. – Pero el apuntador no sopla.

JONAS. – ¿Que no soplo? ¡Si estoy gritando!

JONAS. – He dicho que no sopla.

PACIFICO. – El que ya no sopla es usted.

JONAS. – No admito indicaciones de usted. ¿O es que aquí hay más directores que artistas?... Así no es posible trabajar... Así no me comprometo...

ROQUE. – Bien... No más alegato... Adelante...

JONAS. – No faltaba más... (*Entrando en situación*).
¡Mira la sangre de los vencidos cómo salpica
El paraíso que nos legara Saguanmachica!

CONCHITA. – Míralos cómo avanzan: como unas fieras
Pisando y arrancando las sementeras...

ATLANTA. – ¡Defiende tus tesoros, sublime esposo!

JONAS. – ¡Corre a tirarlos todos en aquel pozo!

ROQUE. – Nuevamente le ruego, Jonás, que deje el acento español... Piense que es un indígena el que habla...

JONAS. – Pero es un monarca...

ROQUE. – Aunque fuera monarca. Tisquesusa no dijo eso abriendo los brazos, sino más bien rascándose las niguas.

JONAS. – Como he trabajado siempre con españoles, pues... Instintivamente...

ROQUE. – Además, procure hablar sin prosopopeya... En América rica no hay ni ha habido nunca énfasis. Ese es artículo de importación. Los indios eran más bien reconcentrados, lacónicos, sinuosos...

JONAS. – Pues no es esta la primera vez que trabajo en el teatro... ¡Llevo veinticinco años!... He salido a escena con Fernando Díaz de Mendoza, con Borraz... Y nunca me han dicho que yo tengo prosopopeya... Me parece muy raro.

ROQUE. – Si no se da cuenta de que la tiene, entonces será mejor que no trabaje en este cuadro.

JONAS. – Puedes buscar quién le haga todos los papeles que me ha dado. No los necesito. Me retiro definitivamente. Veo además que no es posible trabajar con principiantes... Soy un veterano de las tablas... A mí me han ovacionado muchas veces... Hay motivos especiales para que se me respete... Y aquí ni siquiera se me distingue. Por el contrario. – me tratan como al último de los recién llegados.

ROQUE. – Cálmese, hombre... Entre en razón...

PACIFICO. – (**Sale de la concha y se dirige a ROQUE**). No le ruegue... No le ruegue... Si se cree necesario, acaba con nosotros...

JONAS. – De manera que... (**Se quita la peluca**). Busque otro Tisquesusa... Me voy ahora mismo.

CONCHITA. – No, Jonás...

ATLANTA. – ¡Cómo nos vas a dejar!

CONCHITA. – ¡Usted es irremplazable!

PERICO. – ¡Cálmese, hombre!

CONCHITA. – Si usted se va, tendríamos que retirarnos todos.

(**Bullicio general**).

CONCHITA. – Por ningún motivo permitimos que usted nos abandone.

ROQUE. – Suspendamos el ensayo por cinco minutos, mientras le pasa el arrebato... Luego veremos...

PACIFICO. – (*A ROQUE*). Si quiere irse, déjelo. En el teatro, como en la vida, todo es irremplazable.

(*Salen ROQUE y PACÍFICO*).

CONCHITA. – Por ningún motivo permitimos que usted nos abandone.

ATLANTA. – Claro que no.

PERICO. – Pero si no hay motivo para ese alboroto...

JONAS. – Yo sobre aquí... A cada instante me hacen una ofensa... El apuntador se empeña en que soy sordo, y lo que sucede es que él no vocaliza... Y luego, ¡me salen con que tengo prosopopeya!... ¡Lo que entenderán de prosopopeya!... ¡Y con que no sé hablar en castellano!... ¡Yo, en castellano!

AUTOR. – Ustedes perdonen que, siendo un extraño aquí todavía, me atreva a inmiscuirme...

OLIMPIA. – Hable...

ORESTES. – Sí, hable...

AUTOR. – A mí, que entiendo algo de esta cosas, no me parece del todo mal la manera como el señor interpretó la estrofa... Lo que ocurre quizás es que esa estrofa, como no vale nada, no da para más...

JONAS. – ¿Lo ven?... ¿Lo ven?

AUTOR. – Por otra parte, (*mira hacia afuera para precaverse*) el director, a pesar de su buena intención, que no pongo en duda, no tiene la suficiente experiencia...

CONCHITA. – ¿Lo ven?... Ya lo había dicho yo, que nos hace falta dirección.

JONAS. – Es que estos asuntos de teatro no se improvisan... Yo me formé con españoles, y con directores de verdad... ¡Y sé lo que es pararse en un escenario!

AUTOR. – ¿Y por qué no buscan ustedes una persona que los dirija... ¿cómo diría yo?... con más sentido literario... Precisamente tengo en proyecto formar un conjunto que inspirándose en Beckett, en Ionesco, en Kafka, en Guiteraf, en Pulidoff...

CONCHITA. – Maravillosa idea...

JONAS. – Hablaremos de eso...

(Regresan ROQUE y PACIFICO).

ROQUE. – ¡Atención, señores! ¡No echo ni detengo a nadie! El que quiera irse, puede irse. Pero el que quiera quedarse, respeta en mí al director de escena, y hace todo como yo lo ordene, sin más comentarios ni protestas... *(Gran pausa)...* Advierto que en el vestíbulo hay diez personas pidiendo empleo... Si es preciso cambiar el personal y empezar de nuevo ensayos, lo haré...

CONCHITA. – ¿Quién ha dicho que nadie se va?... Es que Jonás es volado... Pero ya le pasó... Con usted, Don Roque, hasta el fin del mundo.

OLIMPIA. – ¡Ya lo creo!

ORESTES. – ¿Quién lo duda?

ATLANTA. – ¡Hasta el fin del mundo!

PERICO. – Lo mismo digo yo...

ROQUE. – Entonces, a ensayar con juicio... A la concha, don Pacífico.

PACIFICO. – *(Con aire resignado)*. Será, pues...

AUTOR. – *(Se sienta apaciblemente en la concha)*.

(Todos gritan al unísono).

JONAS. – ¡Qué bárbaro!

CONCHITA. – ¡Qué horror!

ATLANTA. – ¡No quiero ni ver!

PACIFICO. – ¡Quite de ahí hombre!

AUTOR. – *(Desconcertado)*. ¿Qué sucede?... *(Se levanta)*.

JONAS. – ¿No dice que entiende el teatro?

CONCHITA. – ¡Nos echó a perder la temporada!

AUTOR. – ¿Por qué?... ¿Por qué?

PACIFICO. – ¡Es de mal agüero sentarse en la concha!

AUTOR. – *(Asustado)*. Perdón... No sabía...

ROQUE. – Dejen esas supersticiones estúpidas... Me sentaré yo entonces para dirigir, y verán que nada ocurre. *(Lo hace)*.

PACIFICO. – ¡Don Roque!... ¡No!

VOCES. – ¡No, Don Roque, por Dios!... ¡No!... ¡No!

ROQUE. – Los agüeros son los que tienen a la humanidad en pañales...

PACIFICO. – No importa... ¡Quítese de ahí!

ROQUE. – ¿Usted también cree en eso?

PACIFICO. – No creo en brujas; pero que las hay, las hay... Nada se pierde con evitar...

ROQUE. – Me quitaré pues...

(*PACIFICO entra en la concha*).

PACIFICO. – Listo...

ROQUE. – ¿En qué quedamos?

JONAS. – ¿Mira la sangre de los vencidos cómo salpica
El paraíso que nos legara Saguanmachica!

CONCHITA. – ¡Mírales como avanzan. – como unas fieras!
¡Pisando y arrancando las sementeras!

ATLANTA. – ¡Defiende tus tesoros, sublime esposo!

JONAS. – ¡Corre a tirarlos todos en aquel pozo!...

ROQUE. – Ya va mejorando la interpretación... Ya va mejorando...

TELON

SEGUNDO ACTO

Despacho del director, entre bastidores, con muchos retratos en las paredes, un diván, un escritorio y varias sillas.

(*En escena ROQUE y PACIFICO*).

ROQUE. – ¿Qué tal?... ¿Siguen bien la taquilla?

PACIFICO. – Maravillosamente. Hay media cuadra de cola. Creo que hoy también tendremos lleno el teatro.

ROQUE. – ¿Se convence usted de que podía sentarme impunemente en la concha?

PACIFICO. – Tiene usted tan buena suerte, que contrarresta la fatalidad. Es la primera vez que ocurre semejante cosa. ¡Cómo no vaya a venirnos la de malas por otro lado...!

ROQUE. – El mal siempre ronda, sin necesidad de que se le desafíe con palabras o hechos consabidos.

PACIFICO. – Por lo mismo, es mejor no provocarlo inútilmente.

ROQUE. – Yo sólo creo en una agüero: en que a la vida le agrada por lo común llevarnos la contraria. Si hubiera yo planeado esto como negocio, quiebro, Lo emprendí por capricho, por quijotismo, riéndose de las circunstancias adversas, y se convierte en industria próspera.

PACIFICO. – El teatro es así... En los cuarenta años que llevo de apuntador, nunca he visto que las cosas salgan como se previeron.

ROQUE. – Para colmo, elijo un repertorio con los asuntos más trascendentales de nuestra historia, y el público lo toma todo a risa.

PACIFICO. – Afortunadamente; porque de lo contrario no vendría.

ROQUE. – Cuando creía haberme empeñado en algo muy serio, descubro que el camino del buen éxito son las obras cómicas...

PACIFICO. – Procure que no se le agoten.

(*Golpear*).

ROQUE. – ¡Adelante!

(*Entra COCHITA*).

CONCHITA. – Don Roque. – no ha llegado Orestes.

ROQUE. – (*Mirando el reloj*). ¡Diantre! Y faltan solo veinte minutos para levantar el telón!

PACIFICO. – Estoy cansado de advertirle que al teatro se llega siempre media hora antes de dar comienzo al espectáculo.

CONCHITA. – Esos principiantes no entienden de disciplina... Debía de cambiarlo por un profesional, don Roque.

ROQUE. – Sí, por el estilo de Jonás, no?... Para complicar más la situación... Aquí se llaman profesionales todos los que han aprendido las malas mañas

CONCHITA. – Pero Orestes es peor que todos. No toma en serio sino la nómina. Y como y se le olvidó que aquí le quitaron el hambre, cualquier sueldo le parece poco.

ROQUE. – En todo caso, como él da comienzo a la obra, si no llega a tiempo ha que tener listo el reemplazo... Llámame a Perico.

CONCHITA. – Me parece muy bien pensado... Es que usted, don Roque, es prodigioso...

(Sale COCHITA).

ROQUE. – Odia a Orestes.

PACIFICO. – En ella hay una cierta dosis de odio que necesita dedicar siempre a alguien... Dicen que del amor al odio no hay sino un paso, y que las mujeres lo dan más o menos a los cuarenta años...

ROQUE. – Que no den el primer toque mientras yo no lo ordene.

PACIFICO. – Está bien, don Roque.

(Sale PACIFICO).

ROQUE. – (*Se pasea nerviosamente mirando el reloj*). Sí. En último caso, que vuelva Perico al papel de Iguaque, aunque no salga muy bien.

(Golpear).

¡Adelante!

(Entra el AUTOR).

ROQUE. – ¡Ola, mi querido autor! Lo esperaba...

AUTOR. – Venía a informarme si...

ROQUE. – ¿Si leí la Balada de los Cisnes Azules?... La terminé en la tarde...

AUTOR. – Supongo que estará satisfecho.

ROQUE. – ¿Me permite que le hable con franqueza?

AUTOR. – Lo contrario sería inamistoso.

ROQUE. – Mi mayor deseo es estimularlo y montarle una obra; pero temo que esta no sirva.

AUTOR. – (*Fruncido*). ¿Por qué?

ROQUE. – Aunque valga mucho como divagación literaria, teatralmente falla.

AUTOR. – No estamos de acuerdo.

ROQUE. – A la salida del primer cisne azul, el público, en vez de emocionarse, como usted lo espera, soltará la carcajada... Y menos mal que siguiera la hilaridad, porque en tal caso triunfaríamos. Al segundo cisne, como ya están familiarizados con el motivo, sólo se oirá un leve murmullo... Al salir la cisneza, aunque se trata de una dama, ya no producirá ninguna emoción... Al cuarto cisne nos patean.

AUTOR. – Perdóname; pero usted no ha entendido la obra.

ROQUE. – He hecho al menos todo el esfuerzo posible para entenderla... (*Mira el reloj*). Y ese muchacho no viene... (*A la puerta*). ¿Qué hubo de Perico?

AUTOR. – Usted se equivoca. La fuerza de la obra está precisamente en su exotismo...

ROQUE. – Si llama usted exotismo el hablar por boca de animales, entonces elija los que el público conoce a fondo: El turpial, el loro, el mico, el perro, el asno...

AUTOR. – Vemos que estamos excesivamente distanciados... Lo mejor es que me devuelva el libreto.

ROQUE. – Aquí lo tiene... Y siempre a sus órdenes...

AUTOR. – Gracias, gracias...

(*Sale el AUTOR*).

PERICO. – (*Fuera*). ¡El imbécil será usted!... Sí, se lo repito cuantas veces quiera...

(*Pequeño barullo*).

ROQUE. – (*A la puerta*). ¿Qué pasa, Perico... Entra, que te necesito con urgencia...

(*Entra PERICO vestido de Bochica, con túnica y barba blanca*).

PERICO. – ¡Que agradezca que estoy con disfraz!

ROQUE. – ¿Tú también pierdes aquí el aplomo?

PERICO. – Es que... Ese individuo salió diciendo que usted era un imbécil, y que no entendía de teatro...

ROQUE. – Puede que tenga razón... y que por eso mismo esté viniendo el público...

PERICO. – A mí que no me hablen mal de don Roque...

ROQUE. – Te lo agradezco; pero pasemos a otro asunto, porque el tiempo apremia... Si no llega Orestes, tienes que hacer el Iguaque.

PERICO. – Pero...

ROQUE. – No importa que salga mal por el momento. Lo importante es levantar el telón.

PERICO. – Creo que ahora sí puedo hacerlo bien. Lo que sucede es que, como en la función de anoche casi se me cae la barba cuando estaba haciendo el salto de Tequendama, ahora me la pegué tanto que va a ser difícil desprenderla...

ROQUE. – No hay más remedio que darse prisa... (*Le tira la barba*).

PERICO. – Ayayay...

ROQUE. – (**Insistiendo**). ¡Caramba! Ni que fue propia...

PERICO. – Con cuidado... Ayayay...

ROQUE. – Lo mejor será afeitarte...

PERICO. – ¿Y después cómo hago el Bochica?

ROQUE. – Lo haces lampiño, mientras se consigue otra barba... ¿Los indios no eran todos lampiños?

PERICO. – También es cierto...

ROQUE. – Aquí hay unas tijeras...

(**Entra PACIFICO**).

PACIFICO. – Don Roque: no se afane. Ya llegó Orestes.

ROQUE. – Bendito sea Dios... Entonces, que den el primer toque.

(**Sale PACIFICO**).

PACIFICO. – (**Fuera**). ¡Primero!... ¡Primero!...

(Suena la campana).

PERICO. – ¿No es más, don Roque?

ROQUE. – Nada más por el momento.

PERICO. – ¿En el Bochica sí estoy bien?

ROQUE. – No del todo... Procura que el Bochica no tenga esa magnificencia de un Júpiter, que le has dado hasta ahora, sino cierta maliciosa mansedumbre, bajo la cual disimule su poder. De lo contrario, estos indios perversos, aunque supieran que se perjudicaban de por vida, no le habrían dejado desaguar la sabana.

PERICO. – ¿Quiere ensayármelo otra vez?

ROQUE. – Ahora no es posible. Tengo que inspeccionar la tramoya y la utilería.

(Sale don ROQUE).

PERICO. – *(Repasando su papel de memoria).*

Roca que cierras el paso
A las aguas sabaneras:
Quieras, oh roca, o no quieras,
Voy a darte un garrotazo.
Al impulso de mi brazo
Y al influjo de mi hechizo,
Desborde el caudal plomizo;
Y lo que antes era un lago
Frío, siniestro y aciago,
Que se vuelva un paraíso...

(Entra ATLANTA vestida de Bachué sin ser vista).

Corre ahora, agua estancada
Hacia los escollos hondos...
Surjan los ranchos redondos
Al pie de la empalizada.
Huya capciosa la amada
Cediendo al lazo nupcial,
Y piérdase entre el maizal
Con el que ha de hacer su dicha,
Con su totuma de chicha
Y su pecado mortal...

ATLANTA. – (**Aplaudiendo**). ¡Qué bien!

PERICO. – ¿Te gusta?

ATLANTA. – Pero no el papel, sino el disfraz... Me gustas más de Bochica que de Iguaque... Me encantaría que esa barba fuera tuya y que te creciera aun más... (**Se la acaricia**).

PERICO. – Señal de que Jonás no te es del todo interesante...

ATLANTA. – Al fin con quien son los celos? ¿Con Jonás o con Orestes?

PERICO. – Con ambos. El uno te sigue persiguiendo; y el otro, si no lo acapara Olimpia...

ATLANTA. – Desconfiado... Desagradecido... No debiera acariciártela...

PERICO. – Tal vez por lo mismo que no es mía, ayer casi me la haces caer en escena... Hoy tuve que pegármela con engrudo.

ATLANTA. – Yo debiera ser más bien la celosa... ¿Por qué trajiste al teatro a tu novia?

PERICO. – Quería ella verme trabajar... Y no puedo romper de un momento a otro un compromiso de varios años.

ATLANTA. – ¡Tu piensas casarte con ella!

PERICO. – Te aseguro que no; solo te quiero a ti; pero como empeñé mi palabra antes de conocerte, no puedo retirarme sin pretexto... Soy un caballero.

ATLANTA. – Eso noto... (**Como censurándole su frialdad**). Demasiado caballero...

PERICO. – Ten paciencia, como yo la tengo.

ATLANTA. – ¡Pero que no vuelva aquí esa mujer!

PERICO. – Procuraré que no vuelva... ¿Vamos a tu camerino

ATLANTA. – (**Sensual**). Vamos, sí...

(*Salen por un lado ATLANTA y PERICO abrazados, mientras por el otro entra OLIMPIA y los despidie con una risa sardónica*).

(*Regresan ROQUE y PACIFICO*).

ROQUE. – A Orestes, que venga acá.

PACIFICO. – Se está poniendo el disfraz.

ROQUE. – Que venga con disfraz o sin él. En tanto, notifíqueme cinco pesos de multa por el retardo.

(Sale **PACIFICO**).

OLIMPIA. – Eso es lo que merece.

ROQUE. – Esto fracasará por falta de orden.

OLIMPIA. – Lo que sucede es que Orestes se está creyendo una maravilla. ¡El hombre necesario!

ROQUE. – Y aquí nadie es necesario.

OLIMPIA. – Como es tan mediocre, lo marearon unos pocos aplausos.

ROQUE. – Tú también estás algo mareada.

OLIMPIA. – ¿Yo?

ROQUE. – No solo con los aplausos, sino también con él.

OLIMPIA. – ¡Qué horror! ¡Jamás!

ROQUE. – ¿Por qué se lo disputaste entonces a Atlanta?

OLIMPIA. – Un capricho estúpido. En cuanto lo conocí a fondo, sentí pavor.

ROQUE. – No creo; porque el instinto declamatorio lo llevas, como él, incrustado en la subconciencia. Es tu pecado original. Quizás por eso, los dos se atraen fatalmente... y se complementan admirablemente.

OLIMPIA. – Repulsión es lo que me inspira.

ROQUE. – No me quedo sin estimular y apadrinar esa boda, que veo venir. Y que me agrada, porque así la compañía se irá consolidando.

OLIMPIA. – ¡Uy! ¡No me hable más ese hombre! ¡Es de una vulgaridad hiriente! ¡Y tan pegado de de sí mismo! ¡Y tan pésimo actor! Yo, en el caso de usted, lo pondría en la calle.

ROQUE. – Y yo en tu caso uniría a él mi destino... Los dos tienen la misma estrella...

OLIMPIA. – No insulte usted así al firmamento...

(*Entra ORESTES en bata y con una corona de hojas verdes en la cabeza*).

ORESTES. – ¿Me llamaba, señor director?

ROQUE. – ¿Le notificaron una multa?

ORESTES. – Creo que sí... No hay inconveniente... No tiene importancia... ¿Es por cinco pesos?... Póngala por el doble, si quiere, don Roque... Aunque no tuve la culpa. Estaba dando un recital por la radio y...

ROQUE. – Dé todos los recitales que a bien tenga, agote el parnaso, pero cumpliendo aquí con su deber.

ORESTES. – No habrá inconveniente en lo sucesivo, señor Director.

ROQUE. – Y otra advertencia: Le repito que está prohibido colaborar con el autor, y más en la forma ilógica como usted lo hace, desfigurando estrofas...

OLIMPIA. – Y atropellando el sentido común, para que lo aplauda el grueso público...

ORESTES. – ¿A quién debo atender?... ¿A ella o a la dirección?

ROQUE. – Por lo pronto a mí...

ORESTES. – A propósito, don Roque... Quería pedirle un gran favor... un inmenso favor...

OLIMPIA. – (*De sesgo*). Me lo imagino...

ROQUE. – ¿De qué se trata?

ORESTES. – Me apena tenerlo que molestar; pero el problema es grave...

(*Entra JONAS vestido de Tisquesusa*).

JONAS. – ¿Interrumpo?

ROQUE. – Adelante, Jonás... ¿Qué se le ofrece?

JONAS. – Vengo a molestarlo... Necesito un palco para mi familia.

ROQUE. – Creo que hoy están todos vendidos. Cuente con él para mañana.

JONAS. – (*Muy resentido*). No se moleste... No, señor... Como mi familia llega dentro de un momento... compraré las boletas.

ROQUE. – No hay necesidad... los acomodaremos entonces de cualquier modo... Llámeme al representante.

JONAS. – No hay para qué... No necesito limosnas...

(Sale JONAS con gran altivez).

ROQUE. – ¡Qué vamos a hacer!... (A ORESTES). Y el problema suyo, ¿cuál es?

ORESTES. – ¿Sería mucha molestia pedirle que me autorizara un vale por veinte pesos?

ROQUE. – ¡Si ayer autoricé uno, y antes de ayer otro... Y lleva ya como doscientos pesos de anticipos!

ORESTES. – Es cierto. Y por multa no hay inconveniente... Pero esta vez se trata de algo tan especial...

ROQUE. – Despues de la función hablamos.

ORESTES. – Eso es lo malo; que me urge... Supóngase, don Roque, que hace tiempos debo un dinero, ¿no?.. Y el acreedor está en la puerta... y me amenazó diciendo que, si no le pagaba, entraba a la platea y saboteaba la función... En tal caso, no me atrevería a salir a escena...

ROQUE. – Siendo así... (**Le da el vale**). Vaya a pagar. Pero pronto, porque tenemos que levantar telón dentro de diez minutos.

VOZ FUERA. – Cantinero. – ¡que un ron para Tisquesusa y otro para Jiménez de Quesada!

ROQUE. – Absolutamente. – ¡Ya he dicho que ni una gota de licor entre bastidores! ¡No faltaba más!

(Sale ROQUE a toda prisa).

ORESTES. – (**Pasándole a OLIMPIA el vale por la cara**). Mira... Ya hay para la cena.

OLIMPIA. – Busque quien lo acompañe.

ORESTES. – (**Se quita la bata y queda en traje de Iguaque**).

¡Sí, ya tus senos no manan
La dulce leche materna.
¡Ahora me desafían
Como las puntas de penca!

OLIMPIA. – Déjeme. Le he dicho que fuera de escena ni me toque, ni me mire hable

ORESTES. – De lo que fue un amor, una dulzura
Sin par, hecha de ensueño y alegría,
Que retiene esta pálida envoltura.

Fatum, de Guillermo Valencia.

OLIMPIA. – ¿Cree que eso es chiste?... (*Empujándolo*). Vaya a recitarle a Atlanta todo lo que se le ocurra... ¡Vaya, vaya! Le repito que a mí ni me hable ni me mire.

ORESTES. – «No me mires así que me haces daño»
¡Salvaje!... de Laura Victoria.

OLIMPIA. – ¡Idiota...! (*Trata de irse*).

ORESTES. – (*Atajándola*).
Mi pobre amor se está yendo,
Yo me quedaré llorando.
¿Qué pasa, que nada entiendo?...
León de Greiff...

OLIMPIA. – Déjame pasar.

ORESTES. – (*Cerrándole el paso a todo trance*). ¡Quién fuera su corsé, me dije entonces!

OLIMPIA. – ¡Atrevido!

ORESTES. – No es cosa mía... sino de Ismael Enrique Arciniegas.

OLIMPIA. – Si no me deja salir, le mando con lo primero que encuentre. (*Agarra un paquete de propaganda*). ¡Con esto! ¡Lo juro!

ORESTES. – (*Impasible*). Anocheciendo, de Julio Flórez...
Trembló su labio y balbució: ¡Lo juro!

OLIMPIA. – (*Le manda con la propaganda, que se dispersa*).

ORESTES. – ¡Eche usted margaritas a los cerdos!

OLIMPIA. – El cerdo será usted... ¡payaso! ¡Estúpido!

ORESTES. – ¡Ignorante!... ¡Plebeya!

OLIMPIA. – ¿Plebeya yo?... ¡Mal nacido!

ORESTES. – ¡Verdulera!

(*Entra ROQUE*).

ROQUE. – ¿Otro conflicto?

OLIMPIA. – (*Furiosa*). Don Roque: Si ese hombre sigue en la compañía, yo me retiro.

ORESTES. – Soy yo, don Roque, quien no trabaja más con esa mujer.

ROQUE. – Entendido. Mañana buscaremos una solución adecuada si no ha habido cambio de viento. O decidiremos a la suerte quién se va y quién se queda. Por ahora, a sus puestos, porque el teatro está colmado y ya dieron el primer toque.

ORESTES. – Yo voy a quitarme la ropa. (**Se pone la bata**).

OLIMPIA. – Si él no se la quita, me la quito yo.

(**Salen, cada uno por su lado, OLIMPIA y ORESTES**).

ROQUE. – ¡Don Pacífico!... ¡Don Pacífico!

(**Entra PACIFICO**).

PACIFICO. – ¿Damos el segundo?

ROQUE. – Tenemos otra complicación. Iguaque y la favorita del Zipa, enfurecidos. Que si el uno trabaja, el otro se va.

PACIFICO. – ¡No deja de ser un conflicto!

ROQUE. – ¡Y ya es hora de dar el segundo toque!

PACIFICO. – Lo malo es que a Olimpia no hay por el momento quien la reemplace. ¡Todas las demás son tan insípidas para encarnar la mujer más importante de cada época!... Habrá que descartar a Orestes.

ROQUE. – ¿Y quién hace el Iguaque?... Ya no hay tiempo para afeitar a Perico.

PACIFICO. – Si usted quiere... lo hago yo.

ROQUE. – ¿Usted?... ¿A su edad?

PACIFICO. – En peores me he visto. ¡Cuestión de maquillaje!... Y como me sé el papel de memoria, de tanto apuntarlo...

ROQUE. – Tendría que maquillarse de pies a cabeza... exponiéndose a una pulmonía.

PACIFICO. – Ya verá que salgo bien del paso... Usted no cree en mí como actor.

ROQUE. – Francamente no... Y como galán, menos.

PACIFICO. – Sin embargo, a muchos directores los he sacado de apuros en circunstancias como esta.

ROQUE. – A pesar de todo, no sé qué decirte... ni qué dirá el público...

PACIFICO. – Entonces no hay más remedio sino que salga usted...

ROQUE. – ¿Yo?... Eso sí que no... Hasta allá no iré nunca... Salga usted entonces, qué remedio... Dígale a Orestes que le entregue la corona y el taparrabos... y tenga cuidado con el viento.

PACIFICO. – Voy a dar el segundo y a desvestirme... (**Sale PACIFICO y habla afuera**).

Segundo... Segundo... A escena todos los de la mitología Chibcha... Listos los conquistadores para el tercer cuadro... Despierten al Padre Las Casas.

ROQUE. – (**A la puerta**). Repito que el decorado es de papel. ¡Cuidado con los caballos!

(**Entra CONCHITA vestida de chibcha**).

CONCHITA. – ¿Se puede?

ROQUE. – Adelante, Conchita.

CONCHITA. – Estaba esperando a que saliera don Pacífico.

ROQUE. – ¿Qué pasa?

CONCHITA. – Quería hablarle a solas... sin que se enteren los demás.

ROQUE. – ¿De qué se trata?... ¡Date prisa!

CONCHITA. – A mí no me gusta meter chismes; pero...

ROQUE. – Si es chisme, guárdatelo.

CONCHITA. – Quería hacerle saber que hay descontento general.

ROQUE. – ¿Por qué?

CONCHITA. – Como han visto los llenos de estos días, todos están disgustados.

ROQUE. – ¿Disgustados porque hay llenos?... ¿Quieren entonces ver el teatro vacío y que se suspenda la temporada?

CONCHITA. – Dicen que es muy poco lo que se les paga.

ROQUE. – ¿Poco?... ¿Y alguna vez han ganado siquiera la mitad de lo que ahora reciben?... Y los que a duras penas saben leer, ¿qué podrían ocuparse fuera de aquí, sino en barrer calles?

CONCHITA. – Eso les he dicho... Además, a mí no me gusta hablar de dinero. He venido aquí más bien perjudicándome, por simpatía con usted. Es que son insaciables... Y siquiera fuera por su bien... pero lo que ganan se lo beben...

ROQUE. – El que no esté contento, que venga a decírmelo en mi cara, o que le deje el puesto a otro.

CONCHITA. – ¡Que no sepan que yo vine contárselo!... Y lo que más me ofende es que se atrevan a decir que usted los explota... que usted les está robando...

ROQUE. – (*Enfurecido*). ¿Qué?... ¿Quién se atreve a decir eso?

CONCHITA. – No le doy el nombre, porque los chismes son tan odiosos...

ROQUE. – (*A la puerta*). ¡Aquí todo el mundo! ¿Quién es el que anda diciendo que soy explotador y ladrón?... ¿Quién, para romperle la figura?

(*Sale ROQUE*).

CONCHITA. – Me van a echar la culpa... ¿Qué hago yo?

ROQUE. – (*Fuera*). ¿Quién es ese irresponsable, ese desagradecido?...

(*Entran ATLANTA y el AUTOR*).

ATLANTA. – ¿Quién le iría con el cuento?

CONCHITA. – Cuando entré, ya estaba furioso.

AUTOR. – No redunda enterarlo. ¡Si es la verdad!

CONCHITA. – ¡Eh, mejor que lo sepa, para que se dé cuenta de que no somos tontos.

ATLANTA. – En todo caso, yo no he dicho que sea ladrón. Lo que dije fue que no me parece justo que le paguen a Olimpia lo mismo que a mí... Yo llegué primero que ella, y mi papel es más importante. Ella no es más que una linda infiel, y yo la madre de todo el género humano.

AUTOR. – Yo, aunque no tengo vela en este entierro, opino que...

CONCHITA. – A ver... Diga...

ATLANTA. – Sí...

CONCHITA. – Su opinión es importantísima...

AUTOR. – Para mí, francamente, si a alguien se debe este éxito injustificable, es a los intérpretes. ¡A ustedes!

CONCHITA. – ¿No lo decía yo?

AUTOR. – La obra no vale nada... La dirección es pésima... Dentro de pocos días van a asustar en este teatro... si antes no se disuelve la compañía...

CONCHITA. – Eso creo...

AUTOR. – Pero vayamos a otro sitio, a comentar el asunto más ampliamente...

CONCHITA. – Sí... a mi camerino...

ATLANTA. – Yo espero aquí a Don Roque...

AUTOR. – Comencemos diciendo que esto no es teatro... Para hablar de teatro, hay que irse de aquí... muy lejos...

(*Salen el AUTOR y CONCHITA*).

ATLANTA. – Esa vieja es la que anda metiendo cizaña... Pero a mí no me embaуa...

(*Entra ROQUE*).

ROQUE. – ¡Desgraciados!

ATLANTA. – Es infame, sí... Espero que de mí no habrá sospechado usted nada.

ROQUE. – No te creo tan perversa.

ATLANTA. – Por algo dice el refrán: entre cómicos te has de ver... (*Va al escritorio*). ¿Me puedo comer un bombón?

ROQUE. – Comételo; pero no me trajines la propaganda.

ATLANTA. – ¿Es la que va a mandar a los periódicos para mañana?

ROQUE. – Sí.

ATLANTA. – ¡Y no manda mi retrato, sino el de Olimpia!

ROQUE. – El tuyo ha salido ya varias veces.

ATLANTA. – Pero uno en que estoy muy mal.

ROQUE. – ¿Cuál es al fin tu rivalidad con Olimpia? ¿Se trata del galán o de los clisés?... ¿O de ambas cosas?

ATLANTA. – ¡El galán!... ¡Pero cierto! ¡Qué se quede con él para toda la vida!

ROQUE. – Ni para Dios ni para el diablo, porque se va ahora mismo.

ATLANTA. – ¿Era él entonces el que protestaba?

ROQUE. – Lo supongo.

ATLANTA. – ¡Canalla! Después de que usted le quita el hambre y lo saca a flote.

ROQUE. – Lo contrario sería inhumano. La gratitud es cualidad de los perros.

ATLANTA. – Yo entonces soy de raza canina, porque... (**Toma otro bombón**).

ROQUE. – ¿Por lo golosa?

ATLANTA. – Porque no permito ni permitiré que nadie hable mal de usted delante de mí... Y porque le viviré agradecida.

ROQUE. – Sería un caso de excepción...

ATLANTA. – Y a propósito de la propaganda, ¿no habló con Olimpia?

ROQUE. ¿Sobre qué?... ¿Otro chisme?

ATLANTA. – Me contó... Ahora somos muy buenas amigas y todo me lo cuenta... Que su tía, la que está muriendo, se había puesto furiosa al saber lo del teatro... Y que si llegaba a verla retratada en los periódicos, la desheredaba... Le aconsejé que le hablara a usted francamente, y me dijo que no quería perjudicarlo...

ROQUE. – Nada más fácil que evitarle ese problema. Dame acá el cliché de Olimpia...

ATLANTA. – ¿Pongo en cambio el mío?

ROQUE. – Ponlo. Lo mismo da uno que otro.

ATLANTA. – ¡Gracias, Don Roque!

ROQUE. – Entrégale de una vez todo eso al representante, para que lo distribuya a tiempo.

ATLANTA. – Voy, voy...

(Sale ATLANTA con la propaganda, y se cruza con OLIMPIA que entra. Las dos se miran como gallos finos).

OLIMPIA. – Don Roque: vengo a pedirle excusas... He reflexionado... Hice mal en exaltarme así... No me retiro por ningún motivo de su lado... Y no es porque lo necesite, porque usted bien sabe que mi tía está agonizando... Pero de solo pensar en que no trabajaría yo mañana, se me aguaron los ojos, sentí un nudo en la garganta... ¡Yo adoro el teatro!... ¡Y no concibo el teatro sin usted!

ROQUE. – Muchas gracias.

(Entra PACIFICO).

PACIFICO. – Orestes dice que no entrega la corona ni el taparrabo, que trabaja con mucho gusto, que sigue en la compañía incondicionalmente.

ROQUE. – Que trabaje pues...

OLIMPIA. – Sí, mejor es tolerarle su ridiculez que exponerme a cualquier fracaso.

ROQUE. – Lo importante ya es dar comienzo al espectáculo.

OLIMPIA. – Espero, eso sí, que haga una buena propaganda... Hace tiempo que no sale mi retrato en los periódicos. ¿Por qué no lo publica mañana?

ROQUE. – ¿No le dijiste a Atlanta que no querías publicidad?

OLIMPIA. – ¿No recuerdo haberle dicho semejante cosa?

ROQUE. – Pues con esa historia me vino. Y para no perjudicarte, retiré tu cliché y lo reemplacé con el de ella.

OLIMPIA. – ¡Qué viva!... ¡Voy a cantarle las verdades! (*Trata de salir*).

ROQUE. – Guarda las aclaraciones para más tarde.

OLIMPIA. – Déjeme, don Roque... Esa mujer va saber quién soy yo.

(Sale ATLANTA como un alud... Oyese ruido de riña y de trastos que caen al suelo).

ROQUE. – ¡Los decorados!... ¡Los decorados!... ¡Sepárenlas!... Mejor será ni ver.

(*Entra PACIFICO*)

PACIFICO. – Fui a separarlas, y mire, don Roque: salí con un mechón rubio y otro negro. ¡Por suerte que eran postizos!

ROQUE. – ¡Que no vayan a despedazar los disfraces! ¿Después con que salen a escena? (*Aplausos*). ¡Pero no las aplaudan! ¡Se enfurecen más!

PACIFICO. – Es el público, que está impaciente, porque ya van dos minutos de retardo.

ROQUE. – Si todo está listo, den el tercer toque.

(*Entra JONAS sin disfraz*).

ROQUE. – ¿Qué pasa Jonás? ¿Por qué se quita el disfraz cuando van a levantar el telón?

JONAS. – Venía a decirle que me retiro de la compañía.

ROQUE. – Pero eso se avisa siquiera con una hora de anticipación. Dice usted que es veterano de las tablas, y se porta como un chiquillo irresponsable.

JONAS. – Si no hay palco para mi familia, tampoco habrá espacio para mí en el escenario.

ROQUE. – ¡Eso es inconciencia!

JONAS. – Soy muy consciente... Tal vez al irme de aquí marchen mejor las cosas... se calme la tempestad... (*Herido*) porque a mí se me echa la culpa de todo... (*Furioso*). Además, no se me considera, no se me atiende. Se me trata como a uno de tantos... Si he pedido un palco, no es de favor. ¡Tengo derecho! Porque si el público viene aquí, es por mí... por mis treinta años de carrera, por mi prestigio...

(*Aplausos y pateos fuera*).

(*Asoma PACIFICO*).

PACIFICO. – ¡Damos ya el tercero?... El público está desesperado... (*Se sorprende al ver a Jonás sin disfraz*). ¿Y usted qué hace aquí sin disfraz?

JONAS. – Don Roque le informa...

ROQUE. – (*A Pacífico*). Ya que deseaba usted salir a escena, encárguese de hacer el Tisquesusa... Para eso no necesita ni maquillarse...

PACIFICO. – Está bien, don Roque.

ROQUE. – Y haga también el Gonzalo Jiménez de Quesada, que era el otro papel de Jonás...

PACIFICO. – ¿Y con qué barbas?

ROQUE. – Sin barbas aunque sea. Para lo que el público sabe de historia...

PACIFICO. – Esta bien...

(*Se va PACIFICO*).

JONAS. – Entonces...

ROQUE. – ¿Es irrevocable su determinación, Jonás?

JONAS. – Pues... ¿qué quiere usted?... ¿Qué quiere usted que uno haga? (*Cediendo*).... Lo desprecian... Permítame le quito esa hilacha que tiene ahí...

ROQUE. – ¡Lo explotan!... ¡Lo roban!...

JONAS. – Yo no he dicho eso... Que me vaya es otra cosa; pero en cuanto a hablar mal de nadie sin razón, nunca lo he hecho... Además, yo le estimo a usted, don Roque... Y eso es lo que me duele: que estimándolo tanto...

(*Entra PACIFICO con la túnica de Tisquesusa*).

PACIFICO. – ¿Así estaré bien?

ROQUE. – ¡Ni mandado a hacer!

JONAS. – Pues yo, si usted quiere, para no perjudicarlo por ahora...

ROQUE. – No, Jonás... Le agradezco su buena intención; pero ya me cansé con usted... Puede irse... Húndase, como el Jonás de la Biblia, en el vientre de la ballena, a ver si de veras se calma aquí la tempestad... Don Pacífico: Que empiece la orquesta.

PACIFICO. – Voy a ordenar...

(*Sale PACIFICO*).

JONAS. – Entonces... (*Muy manso*)... hasta pronto, don Roque.

ROQUE. – Buen viaje.

JONAS. – (*Poniendo la oreja sana*). ¿Qué?

ROQUE. – (*Mas alto*). ¡Que muy buen viaje!

JONAS. – Entiendo sí... Volveré por acá entonces... a ver si en otra ocasión... Si le parece, dentro de unos tres días...

ROQUE. – Sí... Desaparezca aunque sea por tres días.

JONAS. – Y tan amigos...

ROQUE. – Gracias...

JONAS. – Y si ve que don Pacífico no sale con el papel, como sospecho, yo tengo mucho gusto...

ROQUE. – Gracias, gracias...

JONAS. – Y si no, cuanto tenga otra obrita en que yo le pueda servir...

ROQUE. – (*Indicándole la salida*). Se lo avisaré oportunamente...

JONAS. – ¿Decía usted?... ¿Trabajo entonces?

ROQUE. – Dije que por aquí es la salida.

JONAS. – ¡Ah, sí!... Era que no había oído bien... Entonces, hasta muy pronto, ¿no?... Y perdóne...

(Sale JONAS haciendo venias).

(Entra SIRENA atropelladamente).

SIRENA. – ¿Señor Director!

ROQUE. – ¿Qué desea usted?

SIRENA. – (Mirando todo con suma sorpresa). He vacilado mucho en venir... Y en entrar... (Lo mira con angustia). ¿Usted es Roque Bamba?

ROQUE. – Sí, señorita. Roque Bamba. ¿Quiere esperarme ahí un instante?

SIRENA. – (Cae en una silla y rompe a llorar).

ROQUE. – ¿Qué le sucede, criatura?

SIRENA. – (Conteniendo los sollozos). Perdóneme; pero la emoción...

ROQUE. – ¿Cuál emoción?

SIRENA. – La de verlo... La de encontrarlo al fin...

ROQUE. – ¿Por tan poca cosa llora?... ¡Ya sé! ¡Usted quiere trabajar en el teatro... Los de su casa se oponen... Vino a escondidas... Tendrá que cambiarse el apellido...

SIRENA. – ¡Ojalá tuviera casa y apellido!

ROQUE. – ¿En qué puedo servirle?... ¡Abreviemos!

SIRENA. – (Mirando de hito en hito después de un silencio expectante). ¿Se acuerda usted de Magdalena Faca?

ROQUE. – Primera vez que la oigo nombrar.

SIRENA. – ¡La que vivía en Las Cruces hace veinte años!

ROQUE. – ¿Hace veinte años?... Estaba yo en Budapest.

SIRENA. – Usted no es sincero.

ROQUE. – ¿Qué interés tendría yo en mentirle?

SIRENA. – Tal vez para guardar apariencias...

ROQUE. – No entiendo... Pero, ¿quién es Magdalena Faca? ¿Es usted?

SIRENA. – No... Ella murió hace veinte años en el más completo abandono.

ROQUE. – ¡Ya!... Usted ha escrito con ese motivo una comedia... ¡Admirable!... La leeremos... Puede que sea usted el genio que estoy esperando.

SIRENA. – Magdalena Faca... era mi madre.

ROQUE. – Lamento que haya pasado ella tan mal sus últimos días...

SIRENA. – (*Irguiéndose, activa y acusadora*). ¡Soy hija de Magdalena Faca... y de Roque Bamba! (*Cae semi-desmayada en brazos de ROQUE, que queda desconcertado*).

ROQUE. – ¡Ah caramba! (*La acomoda en una silla*). Señorita. – que yo recuerde, la han informado mal. Con su madre no tuve ni siquiera relaciones telegráficas.

SIRENA. – ¡Mentira! ¡Mentira! (*Le da una crisis de ira y se hala los cabellos*).

ROQUE. – ¡Calma! ¡Calma! ¡Deje esos arrebatos! SIRENA. – ¡Tengo rabia!

ROQUE. – ¿Con quién?

SIRENA. – Con usted, conmigo, con la vida que es cruel... (*Trata de repetirle la crisis*).

ROQUE. – ¡Contenga sus ímpetus, por favor, que aquí sobran!

SIRENA. – (*Serenándose*). Perdón... Soy muy irascible... No depende de mí... Afortunadamente, me pasa pronto... Pero hace mal usted en negar que es mi padre.

ROQUE. – ¿Qué empeño es ese?

SIRENA. – Aquí está mi fe de bautismo.

ROQUE. (*Leyendo*). Efectivamente... Magdalena Faca y Roque Bamba. (*Recapacita*). Pero no... Aunque hubiera yo perdido la memoria... A juzgar por la fecha de su nacimiento, desde mucho antes de que «eso» ocurriera, estaba yo fuera del país... Y diez meses antes, en Budapest, como le dije... Puedo mostrarle los documentos... Y hasta mi retrato abrazando a una budapestosa, o budapesfífera, o como de un homónimo, cosa muy corriente, o de una confusión del párroco, o de una broma...

SIRENA. – ¡Ay qué furia! (*Trata de repetirle la crisis irascible*).

ROQUE. – No hay motivo para enfurecerse.

SIRENA. – ¡Me hice tantas ilusiones!... Dicen que mi madre murió al darme a luz... Me crió una mujer del pueblo, que murió también, dejándome muy joven... Todo mi patrimonio era este papel...

ROQUE. – Muy poco patrimonio.

SIRENA. – Nunca le di importancia al nombre de mi padre; pero ayer, cuando pasé por aquí y lo vi en un cartel... ¡Teatro Roque Bamba!... el corazón me dio un vuelco... Se me oscureció la calle... Casi pierdo el sentido... Las sienes me latían... Estuve hoy todo el día rondando por aquí sin comer, sin atreverme a entrar... Al fin me decidí... Esto es espantoso... (*Llora*).

ROQUE. – (*Observándola con cierta inquietud sexual*). Hablemos sin rodeos: ¿me dice usted la pura verdad, o se trata de un truco para que yo aprecie sus capacidades artísticas?

SIRENA. – (*Moqueando*). Júzguelo como quiera...

ROQUE. – Perdón... ¿Y de qué vive usted?

SIRENA. – ¿De qué ha de vivir una mujer sola, joven, desamparada?... Imagíneselo...

(*Una pausa*).

ROQUE. – (*Evaluándola*). Señorita: le repito que no soy su padre. ¡Palabra de honor!

SIRENA. – Si usted prefiere que sea así...

ROQUE. – Pero tal vez... tal vez... podría yo ser su oportunidad.

SIRENA. – (*Desconfiada*). ¿En qué forma?

ROQUE. – Encuentro en usted un gran temperamento dramático... ¿Nunca le ha interesado el teatro?

SIRENA. – ¿Cómo?... ¿Qué?... ¿Eso que hacen los cómicos?... ¡Uy, no!... Me daría mucho miedo... ¡Soy tan nerviosa!... Ya pudo apreciarlo

(*Entra PACIFICO afanadísimo, mientras se oye el pateo del público*).

PACIFICO. – ¡Don Roque!

ROQUE. – ¿Qué pasa ahora?... ¿Otro inconveniente?... ¿Por qué no dan el tercer toque?... ¡Oiga cómo protesta el público!

PACIFICO. – El que hace el Padre de Las Casas estaba en su camerino durmiendo. Como es tan perezoso, pensé que era sólo sueño lo que traía... y es una borrachera fenomenal... No puede ponerse en pie... Trabajo me costó quitarle el hábito... ¿A quién ponemos en cambio?

ROQUE. – No hay a quien... Suprimámoslo, por lo pronto.

PACIFICO. – Los conquistadores no pueden salir sin capellán. Creo que al fin va a tener que actuar usted también, aunque sea por hoy... En ese papel por fortuna no predica... Tan solo absuelve.

ROQUE. – Déme aquel hábito... (**A SIRENA**). ¡Señorita!

SIRENA. – ¿A sus órdenes?

ROQUE. – Si está a mis órdenes, póngase esto... ¡Ya!

SIRENA. – (**Aterrada**). ¿Para qué?

ROQUE. – Para salir a escena dentro de un cuarto de hora.

SIRENA. – ¡Pero si nunca he pisado las tablas!

ROQUE. – Algún día tenía que hacerlo...

SIRENA. – No, no...

ROQUE. – Viene usted aquí en busca de un padre y resulta que el padre va a ser usted, y que así mismo encuentra a lo mejor un porvenir. No lo deje escapar.

SIRENA. – Yo no... ¡Qué miedo!

ROQUE. – (**Vistiéndola**). Es su oportunidad... Tal vez la única... ¡Pronto!

SIRENA. – (**Arrollada**). ¿Y qué tengo qué decir?

PACIFICO. – De eso me encargo yo... Vamos...

ROQUE. – ¿Las barbas?

PACIFICO. – Aquí están...

SIRENA. – ¿Es con barbas?... No, no... Yo no hago el ridículo.

ROQUE. – Tiene que hacerlo... Oigan esos truenos... Si no empezamos, desentablan el teatro.

PACIFICO. – (**Tomándola del brazo**). ¡Vamos, vamos!...

SIRENA. – (**Echándose la bendición**). ¡Ay, madrecita mía! ¿Por qué me trajiste aquí?

(Sale SIRENA arrastrada por PACIFICO).

ROQUE. – (**Hacia afuera**). En cuanto el apuntador esté en la concha, ¡arriba el telón!

Y cae el

TELON

TERCER ACTO

La misma cámara del primer acto, con un trasto de sabor colonial. SIRENA, papel en mano, vestida de Pola Salavarrieta, recita sobre un asiento que hace las veces de patíbulo, dirigiéndose al público.

A los primeros versos, entra ORESTES en traje de calle.

SIRENA. – ¡Canallas!... ¡Asesinos!... ¡Infames seres
Que os vengáis en los niños y en las mujeres!
¡No!... ¡No tiembla mi pecho frente al gatillo!
Porque, aunque truene o llueva,
Brotará de mi sangre la patria nueva.
Y para bautizarla, subo al banquillo
Maldiciendo de Sámano y de Morillo.

ORESTES. – Siempre que llego, estás ensayando sola,
Y hasta tomas en serio que eres la Pola.
¡Lástima que tan linda criolla sucumba,
Y en vez de ir a mis brazos vaya a la tumba.

SIRENA. – ¡Quita, infame realista!

ORESTES. – (*Entrando en situación*).
Aunque amor al rey Fernando,
tu dolor me contrista.

SIRENA. – ¡Quítate de mi vista,
Que no te estoy llamando!

ORESTES. – Da dolor que sucumba como insurgente
¡Una hembra tan joven, guapa y valiente!

SIRENA. – ¡Sí! Del valor los viles hacen despojos.

ORESTES. – (**Sacando el pañuelo**).

Voy a poner la venda sobre tus ojos.

SIRENA. – (**Rapándoselo y tirándolo al suelo**).

¡Quiero a mis asesinos mirar de frente!

ORESTES. – ¡Estás admirable! Podríamos muy bien organizar un duelo, tú recitando trozos dramáticos y yo líricos; tú en lo clásico y yo en lo romántico... Recorreríamos todo el mundo de habla hispana, y hasta países de otras lenguas... En vez de estar ganando un miserable sueldo, nos haríamos ricos.

SIRENA. – ¡Viajar! ¡Qué felicidad! ¡Ha sido el sueño de toda mi vida!

ORESTES. – ¿Nunca has salido de aquí?

SIRENA. – Solo hasta Girardot... en tiempo de ferias.

ORESTES. – (**Abrazándola**). Si conocieras el mar...

SIRENA. – ¿Tú si lo conoces?

ORESTES. – Y he visto «cómo ruge, y se encrespa, y se agiganta».

SIRENA. – ¿Por mar se puede ir a Hollywood?

ORESTES. – Para ti, Sirena, ese sería el camino propicio. Pero ante tu belleza, todos conducen al mismo fin.

Por tierra y mar y aire: por todos los caminos
Una brújula tiembla frente a nuestro ideal...
Por tierra combatiendo con serpientes y espinos...
Por mar clavando proas engorrosos caminos...
Y por aire ensartándole la espada al vendaval...

SIRENA. – ¿Crees que yo podré ser estrella?

ORESTES. – Lo serás en mis manos... Nos aplaudirá el mundo...

SIRENA. – Mentirosa. La que a ti te vuelve loco es Olimpia.

ORESTES. – No me hables de esa cursi... ¡Demasiado lastre para poder surgir... Y aun para soportarla... Tú en cambio eres etérea... hasta para moverte entre los tentáculos del pulpo...

SIRENA. – ¿Del pulpo? ¿A quién te refieres?

ORESTES. – ¿A quién ha de ser? ¡A don Roque!... No pretenderás que tu lujo improvisado lo ganaste como simple capellán del conquistador... De ese viejo conquistador...

SIRENA. – ¡Atrevido!

ORESTES. – (*Ofreciéndole la boca*). ¡Sancióname el atrevimiento!

SIRENA. – Ni que fuera boba para desperdiciar la oportunidad que él me ofrece.

ORESTES. – La mía es más halagüeña; un viaje al ideal... Lo iniciaremos cenando juntos esta noche... Verás qué truco invento para que don Roque tenga que autorizarme otro vale... ¿Aceptas?

SIRENA. – Acepto.

(*Entra PACIFICO*).

PACIFICO. – Así me gusta; que lleguen temprano al ensayo y no pierdan tiempo.

ORESTES. – ¿Qué toca ahora?

PACIFICO. – ¿No leyó la tablilla?... Se empieza dentro de media hora con las batallas y los fusilamientos de la Independencia. A las tres, guerra civil, a las tres y media convivencia nacional y a las cuatro golpe de Estado.

ORESTES. – Lo de las guerras ya me lo sé. Lo de la convivencia no me asusta y hasta sé sacarle partido... Voy a estudiar un poco más lo del golpe, para que no me falle.
(Sale ORESTES).

PACIFICO. – Quedé anoche esperándote.

SIRENA. – No fue culpa mía... Roque se empeñó en que fuera a cenar con él y no valieron disculpas.

PACIFICO. – También es cierto, que donde manda capitán no manda marinero... Pero, ¿esta noche sí?

SIRENA. – Esta noche no puedo,... Me siento mal... Mañana.

PACIFICO. – Si no me cumples mañana, no vuelvas a contar conmigo para nada. Se acaba el padrino... ¿Quién, sino yo, te hizo dar el papel de la Pola, que ya le habían ofrecido a Olimpia?

SIRENA. – ¿Me ayudas a convencer a Roque para que me dé también el de Manuela Sáenz?

PACIFICO. – Sí, pero... ya sabes.

SIRENA. – Mañana sin falta.

PACIFICO. – (***Abrazándola***). Yo veré...

(***Entra ROQUE***).

PACIFICO. – (***Al notar al jefe a su espalda***). No, se es esa la posición en que la fusilaron... Más erecta, desafiadora, como si se tratara de una batalla de flores.

ROQUE. – Ni más ni menos.

SIRENA. – Hace media hora que estoy ensayando la mejor postura, y no encuentro una que me satisfaga.

ROQUE. – Así es como se hace carrera en el teatro... ¿Ya llegaron los demás, don Pacífico?

PACIFICO. – Todavía no; pero aun no es hora de comenzar.

ROQUE. – Vea en tanto el periódico... (***Se lo entrega***).

PACIFICO. – ¿Nuevos elogios?

ROQUE. – Esta vez nos despedazan: que el teatro nacional no puede existir, que los artistas son ridículos, que la obra es grotesca, que el director es loco, que aquí no se ha escrito sino la Balada de los Cisnes Azules...

PACIFICO. – Ya se de donde viene el disparo... Menos mal que no se meten conmigo.

ROQUE. – También. Dicen que al apuntador se le oye más que a los cómicos.

PACIFICO. – ¡Como si no tuviera yo cuarenta años de práctica!... ¡A quien le viene a enseñar!...

(***Sale PACIFICO devorando el comentario***).

ROQUE. – ¿Enojada conmigo todavía?

SIRENA. – Ya sabes que a mí me pasa pronto la cólera.

ROQUE. – Si no te pasara, habría que llamar al cuerpo de bomberos.

SIRENA. – La culpa es tuya... nada más que tuya.

ROQUE. – ¡Había de ser mía!

SIRENA. – No me quieres dejar hacer el papel de Manuelita Sáenz.

ROQUE. – Domina primero el de la Pola. Cuando te hayan fusilado con buen éxito ante el público, ya estarás en capacidad de entretenerte hábilmente a un Libertador...

SIRENA. – Lo que sucede es que tú no crees sino en Olimpia... Lo mejor ha de ser siempre para ella.

ROQUE. – Hablemos de otra cosa para evitar nueva explosión.

SIRENA. – Fíjate que te lo pido por las buenas. Sí, mi lindo... Sí, amor... (*Trata de abrazarlo*).

ROQUE. – Cuidado, cuidado... Modérate en público... Y no me tutees delante de los demás... Lo nuestro debe ser un secreto...

SIRENA. – (*Haciéndose a un lado*). Eres malo...

ROQUE. – Ahora de contento en mi oficina...

(*Entran ATLANTA, OLIMPIA y CONCHITA, cada una con un ejemplar del periódico*).

ATLANTA. – ¿Vio, don Roque, qué atrevimiento? ¡Que mi voz es insípida!

CONCHITA. – ¡Y que yo exagero! ¡Y que no me sé poner las enaguas en su puesto! ¡Sabe Dios a qué estarán acostumbrados!

OLIMPIA. – ¡Atreverse a decir que soy mediocre! ¡Ya quisieran conocer el ambiente social en que siempre he vivido!

CONCHITA. – ¡Y que Perico es bobo!.. Más bobos serán ellos.

OLIMPIA. – Eso es del repórter que vino borracho el otro día y trató de enamorarnos a todas. Como no le hicimos caso, resolvió vengarse...

CONCHITA. – ¿No piensa contestar a esos insultos, don Roque?...

ROQUE. – Lo pensaré... En todo caso, la crítica, aunque sea insidiosa resulta siempre saludable... Ven conmigo, Sirena...

(*Salen SIRENA y ROQUE*).

OLIMPIA. – Ya no oye sino el canto de la sirena...

CONCHITA. – La pasan encerrados en el despacho. Ayer fui a entrar de sorpresa, y habían echado llave.

ATLANTA. – ¡Demasiada preferencia! ¡Y hay que ver lo que está gastando en ella! Abrigo de pieles, y todos los días un traje nuevo.

OLIMPIA. – Y cuando vino, hace un mes, no tenía que ponerse.

CONCHITA. – Y eso no es justo; porque nosotras tenemos más derecho... Vayamos a ver lo que están haciendo...

ATLANTA. – ¿Pero cómo?

CONCHITA. – Por un hueco que hice en la pared...

ATLANTA. – Vamos, sí.

OLIMPIA. – Yo no... Eso es darle importancia a una mujer de tan baja clase... Lo que sí le va a resultar difícil es quitarme más papeles... ¡Que lo intente y verá...! (**Se engolfa en el periódico**). (**Salen CONCHITA y ATLANTA**) ¡Medioocre yo!... ¡Me la van a pagar!

(**Entra el AUTOR**).

AUTOR. – ¿Se puede interrumpir?... ¡Ah, ya sé!

OLIMPIA. – ¿Ya vio esto?

AUTOR. – Sí...

OLIMPIA. – Una infamia, ¿no es cierto?

AUTOR. – Hasta cierto punto... Por lo que a usted se refiere... Por lo demás, abundan en razón, porque aquí no hay sino basura... Ya el público se está dando cuenta del engaño y comienza a protestar y a alejarse...

OLIMPIA. – ¿Fracasará entonces la obra?

AUTOR. – ¿Acaso eso puede llamarse obra?... En el teatro nacional no hay hasta ahora sino una obra...

OLIMPIA. – ¿Cuál?

AUTOR. – La Balada de los Cisnes Azules.

OLIMPIA. – ¿Piensa estrenarla?

AUTOR. – Pero no en esta pocilga, sino en un teatro de categoría... con espectadores refinados... con apoyo oficial...

OLIMPIA. – ¿No tiene un papel como para mí?

AUTOR. – Creo que su tipo estaría admirable para la Cisneza...

OLIMPIA. – Yo me pienso retirar de aquí... Me encantaría además demostrarle a don Roque que no solo con él se puede trabajar en las tablas... ¿La Cisneza es la primera actriz?

AUTOR. – Aquí todos son primeras figuras... como son instrumentos de una orquesta...

OLIMPIA. – Muéstreme... Muéstreme...

AUTOR. – Lea aquí... con voz suave... temblorosa...

OLIMPIA. – (**Fascinada**). Voy por el agua azul... El agua que disimula su mismo temblor para no copiar el mío... Aunque llevo la inquietud tan en lo íntimo, que mi cuello císnico, sobre el fondo celeste y rutilante, sería un arco iris de paz si en vez de los siete colores de espectro no triunfara en él, como por doquier... El azul... El eterno azul...

AUTOR. – ¡Así se hace teatro!

OLIMPIA. – Bellísimo...

AUTOR. – Vayamos a leer a su camerino...

OLIMPIA. – Si se muere mi tía, que ya está boqueando, me asocio con usted para montar la obra.

AUTOR. – Verá que nos hacemos ricos...

OLIMPIA. – ¿Y qué vestido debo llevar?

AUTOR. – Azul... Gasas azules... Cintas azules... Zapatos azules... Medias azules... Efluvios azules... Todo azul...

(*Salen OLIMPIA y el AUTOR... Entran ATLANTA y PERICO*).

ATLANTA. – (**Huyendo**). ¿Qué no me hables? ¿Qué no me hables más!

PERICO. – Sé razonable.

ATLANTA. – ¿Quieres que sea más razonable?... Ya te he dicho: ¡Cásate! ¡Hoy mismo, si quieras!

PERICO. – ¿Y qué otra cosa puedo hacer, Atlanta?... ¿No comprendes que se ha vencido el plazo y mi palabra está empeñada?

ATLANTA. – Mejor hubiera sido no conocerte.

PERICO. – Pero si yo te quiero. ¡Te quiero con toda mi alma! ¡Y a ella no!

ATLANTA. – ¡Qué original! ¡Te casas con la que no quieras, y a la que quieras la sacrificas!

PERICO. – ¿Quién habla de sacrificio?

ATLANTA. – ¡Ah! ¡Lo que pretendes es que yo ocupe un segundo lugar muy poco honroso! ¡Que sea simplemente...!

PERICO. – ¡Atlanta! ¡No me juzgues mal!

ATLANTA. – ¿No es eso lo que propones?... Oye de una vez por todas. – En el teatro aceptaré papeles secundarios; pero en la vida real no recibo sino el primero. ¿Lo oyes?... Y ahora, déjame en paz.

PERICO. – Déjame que te explique el conflicto más a fondo.

ATLANTA. – Sobra ya toda explicación. (**Medio mutis**).

PERICO. – No me tortures de esa manera.

ATLANTA. – Pronto dejaré de torturarte...

PERICO. – ¿A dónde vas?

ATLANTA. – No te importa...

(Sale ATLANTA... Entra ROQUE).

ROQUE. – ¿Peleando ustedes también?

PERICO. – Don Roque: me encuentro en un grave aprieto.

ROQUE. – ¿Y por cuánto es el vale?

PERICO. – No es cuestión de dinero, no... Es asunto sentimental.

ROQUE. – ¡Te felicito! Era lo que te hacía falta para sentir bien los papeles. Ahora sí vas a prosperar en las tablas.

PERICO. – Creo que debo más bien abandonarlas.

ROQUE. – Comprendo. Atlanta riñó contigo; y declara que, si tú trabajas, no trabaja ella... El dilema de siempre.

PERICO. – Es algo más complicado de lo que usted cree.

ROQUE. – Veamos.

PERICO. – Yo vine al teatro, don Roque, se lo confieso, no por vocación, sino porque necesitaba dinero...

ROQUE. – Eso les ocurre a muchos...

PERICO. – Dinero para casarme... Y entonces conocí a Atlanta.

ROQUE. – ¿Y qué?

PERICO. – Que ahora tengo que casarme con una mujer que no quiero y abandonar a la que quiero.

ROQUE. – (*Riendo*). Ese aprieto te lo creas tú mismo.

PERICO. – Como caballero, tengo que respetar un compromiso pendiente.

ROQUE. – ¿Un compromiso matrimonial?... ¡Bah! Eso vale hoy menos que un compromiso político o diplomático.

PERICO. – Es que... hay algo más... Quiero abrirlle a usted el corazón.

ROQUE. – Si no ha de estallar...

PERICO. – Es que yo... que mi novia... Es decir: que nosotros...

ROQUE. – Voy entendiendo... Hay alguien más de por medio...

PERICO. – Tanto allá no; pero... Resulta que hace dos años, cuando nos argollamos...

ROQUE. – Hiciste una travesura como la de Bochica con el Tequendama...

PERICO. – No fue que yo la sedujera, don Roque. Se lo juro por lo más sagrado.

ROQUE. – Te sedujo ella a ti...

PERICO. – Fue asunto casual... que no me explico; porque ella es hasta fea... Pero una vez dado el paso, ¿cómo volver atrás?

ROQUE. – Y con Atlanta, ¿estás en un problema semejante?

PERICO. – No, don Roque. A ella la he respetado siempre, aunque usted no lo crea.

ROQUE. – Difícil creerlo en este ambiente.

PERICO. – Y ahí está lo terrible: Que en una casa de familia, irrespeté no sé por qué a una mujer fea que no quiero, y ahora tengo que casarme. En cambio, en el teatro respeté a una mujer bonita, que adoro con toda mi alma, y tengo que abandonarla.

ROQUE. – ¿Pero por qué tanta prisa en despejar la incógnita?... Aguarda a que el asunto se resuelva por sí solo.

PERICO. – La otra ha dicho que, si no me caso en la semana entrante, no me da más prórroga y le cuenta la papá lo sucedido. Y también a los hermanos.

ROQUE. – ¿Cuántos hermanos son?

PERICO. – Dos del ejército, dos de la policía y dos que se fueron con las guerrillas.

ROQUE. – ¿Y qué profesión tiene el papá?

PERICO. – Agencia mortuoria.

ROQUE. – Se complica la cuestión.

PERICO. – No le tengo miedo a la muerte, don Roque. Pero sí a la vida sin Atlanta.

ROQUE. – Entonces, echa por el camino trillado: Cásate y no renuncies a Atlanta.

PERICO. – Se lo propuse, y ese ha sido el disgusto.

ROQUE. – ¡Ah, entonces no necesitas mis consejos, muchachos. Eres más vivo de lo que yo creía.

PERICO. – No me juzgue mal, don Roque. Nada indebido he proyectado. Le dije que nos siguiéramos queriendo como hermanos, sin renunciar el uno al otro, para que el porvenir decidiera...

ROQUE. – Y no le agradó a ella esa clase de hermandad...

PERICO. – Está en un grado tal de exasperación que... Tengo miedo, don Roque. No por mí, sino por ella... Hablele usted.

ROQUE. – Voy a hacerlo ahora mismo. Creo que está convirtiendo usted un insecto en un elefante...

(**Entra PACIFICO afanadísimo**).

PACIFICO. – ¡Don Roque! ¡Don Roque!

ROQUE. – ¿Otra mala noticia?

PACIFICO. – Por desgracia, sí.

PERICO. – ¿Le pasó algo a Atlanta?

PACIFICO. – El problema es ahora con los tramoyistas.

ROQUE. – ¿Están peleando ellos también?

PACIFICO. – Ojalá: Aunque las peleas de ellos no son de palabras ni a mano limpia, sino de martillazo para arriba... Sucede todo lo contrario: se pusieron de acuerdo para declararse en huelga.

ROQUE. – ¿Por qué motivo?

PACIFICO. – Aquí está el pliego de peticiones. Dicen que usted se está haciendo rico, y que tiene que doblarles el sueldo, doblar el personal... Y otras menudencias por el estilo.

ROQUE. – (*Después de leer*). Usted, don Pacífico, que ha hecho de todo en el teatro, según dice, ¿entiende también de tramoya?

PACIFICO. – (*Asustado*). Algo, sí señor.

ROQUE. – Levantamos entonces el telón sea como sea... Eche mano al martillo y los clavos.

PACIFICO. – No sé qué decir...

ROQUE. – Y tú, Perico, para entrenar los nervios e ir también aprendiendo de todo, le sirves de ayudante... Por lo que he visto, el asunto no es tan difícil.

PERICO. – Si usted lo ordena...

PACIFICO. – (*Aterrado*). A ese respecto, yo, don Roque... yo le aconsejaría que lleve las cosas con prudencia.

ROQUE. – (*Indignado*). ¿Qué prudencia cabe en este caso?

PACIFICO. – Contenga la ira, don Roque. Contenga la ira. Sé lo que le digo.

ROQUE. – ¿No me afirmaba usted que hace poco que en el teatro nadie es necesario?...

PACIFICO. – Hasta cierto punto... Toda regla tiene su excepción... Ellos andan diciendo que, si vienen rompehuelgas, les rompen el bautismo... Ningún trabajo les cuesta dejar caer un listón desde diez metros de altura.

ROQUE. – Procuraré andar en gracia de Dios.

PACIFICO. – Están además sindicalizados, y en alianza con los músicos.

ROQUE. – Suprimimos la orquesta... Tocamos radio.

PACIFICO. – Están además federados con los choferes y pueden paralizar el tráfico, y echarnos encima todo el obrerismo.

ROQUE. – Corramos el riesgo. De todos modos, con esa clase de exigencias se acabaría el arte teatral... ¿También tú tienes miedo, Perico?

PERICO. – No, don Roque.

ROQUE. – Échate este revólver al bolsillo y ve a recibir todos los materiales pro riguroso inventario.

PERICO. – (**Guardándose el arma**). Voy, sí señor.

ROQUE. – Que ahora no te vaya a ocurrir pegarte un tiro, para salir de apuros.

PERICO. – (**Sonriendo**). No señor...

(**Sale PERICO impasiblemente**).

ROQUE. – A usted sí lo está tumbando el miedo.

PACIFICO. – Yo, don Roque, como usted comprende, tengo hijos... Y además, vivo en de esto, del teatro... Yo soy pobre... No puedo echarme encima esa clase de enemigos.

ROQUE. – Hoy no andamos de acuerdo, don Pacífico. Sí, según su misma doctrina, en el teatro nadie es necesario, reorganicemos la tramoya rezando la oración de la buena muerte.

PACIFICO. – Yo le suplicaría...

ROQUE. – Salgamos, ante todo, para que no crean que escurremos el bulto... Vamos, don Pacífico...

PACIFICO. – Ande mirando hacia arriba, no sea que nos dejen caer algo encima... Sé cómo se lo digo...

(**Salen ROQUE y PACIFICO**).

(**Entran OLIMPIA y ORESTES**).

OLIMPIA. – Sí, te lo confieso. Estaba ansiosa de que me hablaras, y me abrazaras, y me besaras, como acabas de hacerlo.

ORESTES. – ¿No te duele haberme dejado sin amor tantas horas?

OLIMPIA. – Creí que te odiaba... Pero cuando más odio siento, es cuando más me emociono al trabajar contigo.

ORESTES. – Lo había notado. ¡Y encontraba en eso un placer tan exquisito y tan romántico!

OLIMPIA. – ¡Ay, sí... Deliciosamente romántico!

ORESTES. – Es que tú eres el romanticismo hecho mujer.

OLIMPIA. – ¡Pero esta noche vamos a superarnos!

ORESTES. – ¡A ponerles a nuestras escenas sentimentales toda el alma!

OLIMPIA. – ¡Sí! ¡Para que nos aplaudan a rabiar!... Ojalá que haya lleno.

ORESTES. – ¿Cómo te pareció el de anoche?

OLIMPIA. – Dicen que se agotaron las boletas.

ORESTES. – Creo que, en lo que va de temporada, don Roque reembolsó ya lo que le costó este edificio, y le sobra para otro. Dicen que está ganando millones.

OLIMPIA. – ¡Fíjate! Y nosotros que somos los primeros actores, los que traemos el público, no recibimos ni la milésima parte.

ORESTES. – Nos están robando, sí.

OLIMPIA. – ¡Qué coincidencia! ¡Yo pensaba lo mismo!

ORESTES. – ¡Hay que protestar!

OLIMPIA. – Eso iba a proponerle.

ORESTES. – Además, ¿qué necesidad tenemos de trabajar con él?... A base de nuestro prestigio, podemos abrirnos campo por cuenta propia, sin que nos exploten...

OLIMPIA. – Montamos la Balada de los Cisnes Azules, y verás que el público se va con nosotros.

ORESTES. – Y que quienes quieran triunfar, nos acompañen, y los serviles se queden aquí...

OLIMPIA. – (*Abrazándolo*). ¡Genial!

(**Entra ROQUE**).

ROQUE. – ¡Me gusta, me gusta ver ya reconciliados a mis discípulos! Eso me compensa de muchas otras contrariedades.

OLIMPIA. – (*Displícente*). Gracias...

ORESTES. – Con su permiso...

(*Inician mutis*).

ROQUE. – Pero déjenme que los felicite y me felicite... ¿Por qué se van?

OLIMPIA. – Tenemos que irnos.

ROQUE. – ¿Para dónde?

ORESTES. – Para la calle.

ROQUE. – Ahora no. Ya vamos a ensayar.

OLIMPIA. – Nosotros no ensayamos.

ROQUE. – ¿Por qué?

OLIMPIA. – Que se lo diga Orestes.

ROQUE. – ¿Qué pasa, Orestes?

ORESTES. – Que no nos gusta que nos exploten.

OLIMPIA. – Y nos retiramos de la compañía.

ROQUE. – Es cierto... Olvidaba yo que el tiempo corre muy aprisa, y que los aprendices se vuelven en treinta días celebridades mundiales... Hasta perjuicio les haría ahora con mi dirección... ¡Y no merezco figuras de tanto cartel!... Ni tendría ya con qué pagarlas...

ORESTES. – No crea que a mí me interesa su dinero...

OLIMPIA. – Ni a mí... Bastante voy a recibir dentro de pocos días...

ORESTES. – Ni yo... Y como además no actúo por interés, sino por placer...

ROQUE. – No hay más que hablar... Por ahí es la puerta de la calle...

(*Salen OLIMPIA y ORESTES sin despedirse*).

(*Entra PACIFICO*).

PACIFICO. – ¿Se van en el momento de empezar el ensayo?

ROQUE. – Se van definitivamente.

PACIFICO. – No es raro. ¡Como se empeñó usted en amistarlos!

ROQUE. – Pensé que era una forma de tenerlos contentos.

PACIFICO. – No, don Roque. En el teatro, como en la vida, hay que dividir para reinar.

ROQUE. – No acabaré nunca de entender esto...

PACIFICO. – Que se vayan, pues. No harán falta... En cambio, ahí está otra vez Jonás... Dice que no ha conseguido trabajo en ninguna parte y se ofrece para ayudar en lo que sea.

ROQUE. – Sí... Unos se van y otros regresan... Cuando los que se van son los discípulos preferidos, no deja de dar dolor.

PACIFICO. – Controle el desengaño, don Roque, si quiere mantener el orden... El teatro es así... Como un río... Tiene crecientes y sequías, pero nunca lleva la misma agua, ni nunca deja de correr...

ROQUE. – Ese ritmo comienza a cansarme.

PACIFICO. – Le falta mucho por ver y sufrir... El que ha lidiado cómicos, ve después chiquita cualquiera otra empresa.

(**Entra PERICO**).

PERICO. – (**Impasible**). Pensé que el asunto era más difícil.

ROQUE. – ¿Ya recibiste todos los decorados?

PERICO. – Todos, sí.

PACIFICO. – ¿No han roto ninguno?

PERICO. – Dudo que se atrevan.

ROQUE. – Entrégale ahora el revólver a don Pacífico, y que él vaya a vigilar.

PACIFICO. – (**En el colmo del terror**). Yo no sé manejarlo...

ROQUE. – Finja saberlo...

PACIFICO. – ¿Y si se me sale un tiro de pronto?...

ROQUE. – Como no mate a nadie, hará un gran efecto... Adelante, don Pacífico... Siguiendo su consejo, acabo de controlar la ira y el desengaño... Ahora le toca a usted controlar el miedo.

PACIFICO. – Haré lo posible, pues...

(**Sale PACIFICO temblando**).

ROQUE. – ¿Tienen todos los huesos en su puesto?

PERICO. – (**Riendo**). Creo que sí, don Roque.

ROQUE. – Dime ahora con toda franqueza: ¿te asustaste mucho?

PERICO. – Al principio sí... Después, cuando vi que nada me hacían, cobré ánimo... Por último, cuando me llevé la mano al bolsillo y vi que sospechaban el arma y palidecían, me sentí un titán.

ROQUE. – Bien. Entonces, ahí va ahora sí el consejo que me pedías. Cásate con la mujer que quieras.

PERICO. – ¿Será correcto?

ROQUE. – A pesar del compromiso, y de los hermanos revolucionarios en servicio activo, y de la agencia mortuaria... No aceptes más obligaciones que las que te imponga el amor... Y responde de tu suerte...

PERICO. – ¡Ah, si solo el amor lo pudiera todo!

ROQUE. – Como hay que respaldarlo con dinero, te asciendo desde hoy a primer galán joven... Te confío todos los papeles de Orestes... Hasta el de conspirador, que es el más escabroso...

PERICO. – ¿Y Orestes?

ROQUE. – Se fue con Olimpia... Como te irás tú también algún día...

(*ATLANTA da un grito desgarrador*).

PERICO. – ¡Atlanta! ¡Dios mío!

ROQUE. – ¡Caramba! ¡Se me había olvidado ese punto débil... Pero es que son tantas las complicaciones!...

CONCHITA. – (*Fuera*). ¡Don Roque! ¡Don Roque!

(*Perico sale aterrado*).

ROQUE. – ¿Qué pasa?... ¿Qué pasa?...

(*Entran PERICO y CONCHITA conduciendo a ATLANTA, que viene desgonzada*).

CONCHITA. – Se desmayó.

PERICO. – ¡Un médico!

ROQUE. – ¿Se le prendió el mal de Jonás?...

CONCHITA. – Le quité el veneno de la boca.

PERICO. – ¿Qué?... ¿Qué?... ¿No alcanzó a tomar nada?

CONCHITA. – Disolvió en un frasco de bromuro una libra de sulfatiazol y varias cucharadas de extermio.

PERICO. – Por fortuna está llena la botella...

CONCHITA. – Llegué a tiempo, al oírla llorar.

ROQUE. – ¡Ingeniosísimo! Combinar somnífero con desinfectantes y venenos para despedirse de la vida. Lo uno para morir sin dolor; lo otro como acto de contrición, para dejar limpia la conciencia; y lo último para no fallar... ¡Esta va para primera actriz!

PERICO. – ¡Atlanta!... ¡Atlanta!

ATLANTA. – Yo me quiero morir... Déjenme morir...

ROQUE. – Todavía no, hijita, porque te necesito... Tienes que hacer desde esta noche todos los papeles de Olimpia... las mujeres más importantes de cada época.

ATLANTA. – (*Reaccionando*). ¡Ay, don Roque!

ROQUE. – Te doy además otra buena noticia. Perico se casa contigo.

ATLANTA. – (*Traduciendo su postración en alegría*). ¡Qué bueno es usted, don Roque!... ¡Qué bueno es usted!

ROQUE. – Ahí tienes, pues, tú mejor golosina...

ATLANTA. – ¿Es cierto, Perico?

PERICO. – Es cierto...

PACIFICO. – Otros que se irán pronto... Este hombre no escarmienta...

(*Entra SIRENA*).

SIRENA. – Roque: ¿Es cierto que Olimpia se retira de la compañía?

ROQUE. – ¡El evangelio!

SIRENA. – ¿Ahora sí me das el papel de Manuelita Sáenz?

ROQUE. – No, ese es para Atlanta... Tú serás la madre Bachué...

SIRENA. – ¿Madre yo?... (*Furiosa*). Por ningún motivo.

CONCHITA. – (A **ATLANTA**). No suelte su papel, no vaya ser boba.

ROQUE. – Aquí se hace lo que yo ordeno.

SIRENA. – (*Energúmena, tirándole un papel a la cara*). Busque entonces quién me reemplace a mí del todo... Ahí tiene su Pola Salavarrieta... Y vaya a fusilar a otra. A mí no.

ROQUE. – ¡Aquí nadie me alza la voz en esa forma!

SIRENA. – (*Encarándosele*). Se la alzo yo, para gritarle quien es usted. No le devuelvo esta ropa, porque la gané con mi trabajo; pero quédese con la casa y los muebles que me estaba ofreciendo... ¡Y con su cinismo!... Ese hombre no sólo es un embaucador, sino un corrompido... Sabe que soy su hija...

ROQUE. – ¡Eso es falso!

SIRENA. – ¡Su hija, sí! ¡Aquí tengo la prueba! Y sin embargo, trata de seducirme, y quiere también que trabaje para enriquecerlo.

CONCHITA. – ¡Qué horror!

ROQUE. – Perico: Diles a los porteros que saquen de aquí a esa mujer.

(Sale **PERICO** con **ATLANTA**).

PACIFICO. – Calma, niña; calma...

SIRENA. – Me iré sin necesidad de que me echen... A contar esto en todos los periódicos...

PACIFICO. – Escuche, niña... Venga acá... ¿Qué necesidad hay de hacer tanto escándalo?...

CONCHITA. – Eso está muy mal hecho, don Roque. ¿Cómo va a pervertir a su propia hija?... Protesto en nombre de toda la compañía... Y de todo el gremio teatral.

ROQUE. – Usted también se va a protestar a la calle.

SIRENA. – (*Rompe a llorar histéricamente*).

CONCHITA. – Hace días que pensaba irme... Pero no para la calle... Aunque le pese, voy a trabajar en la Balada de los Cisnes Azules...

ROQUE. – ¡Muy bien pensado! Merece usted su suerte...

CONCHITA. – Vamos, Sirena... ¡Pobrecita!

(Salen **SIRENA** y **CONCHITA**).

PACIFICO. – ¿Es cierto eso, don Roque?

ROQUE. – ¿Se atreve usted a preguntármelo siquiera?... ¿Y con esa calma?

PACIFICO. – He visto tantas cosas raras en el teatro, que Alejandro VI ya no me interesa.

ROQUE. – Me interesó, eso sí, la muchareja... Me dejé llevar un poco de la tentación, contra mi costumbre.

PACIFICO. – Es que la condenilla tiene su imán sexual.

ROQUE. – Pero no es justo tampoco que, encima de todos los problemas que me crean aquí a diario, no pueda darme gusto en nada.

PACIFICO. – No se afane, don Roque, que yo también caí en la trampa.

ROQUE. – ¿A su edad?...

PACIFICO. – Ya ve... Y con algún éxito.

(*Los dos se miran y ríen*).

ROQUE. – Entonces, eso no era una mujer, sino una aspiradora eléctrica.

PACIFICO. – Y ese mecanismo sí es irresistible... Sobre todo cuando lo dan a crédito... Y en el teatro con más razón.

ROQUE. – Y como creo que es fácil controlar la ira, el desengaño y hasta el miedo, pero no la lujuria, y ella nos crea a veces estas situaciones repugnantes, lo mejor es darnos por vencidos e ir liquidando esta empresa.

PACIFICO. – Tampoco se desaliente, don Roque. Peores cosas he visto, y se ha levantado el telón.

ROQUE. – No lo levantaré más... Ponga usted un aviso diciendo que se suspende la temporada... Que se arrienda este local para cine.

PACIFICO. – ¿Va usted a echar también a la calle a los que le han sido leales?

ROQUE. – Buscaré otra cosa en qué ocuparlos. Algo menos problemático.

PACIFICO. – ¿Y yo, don Roque? ¿Y yo, que no sirvo sino para esto?... ¡No me deje otra vez en manos de los cómicos españoles, que son mal hablados. Todo lo resuelven con la madre de uno...

ROQUE. – Hasta razón tendrán... A mí también me está ya brincando la lengua.

PACIFICO. – ¿Cree usted don Roque que, al abandonar esto, huye de la humanidad? ¿Que fuera de aquí no hay odios, traiciones, calumnias, vanidades, errores y rebeldías?... Mejor es que soporte y domine todo eso aquí, descarnado y no disimulado... Conserve su caja de Pandora...

ROQUE. – No... No podría ya más... Que cierren la taquilla.

PACIFICO. – ¡Pero si está casi todo el teatro vendido! ¡Habrá lleno esta noche otra vez!

ROQUE. – Y, ¿qué podemos hacer con usted y dos enamorados ingenuos?

(*Entran ATLANTA y PERICO*).

ATLANTA. – Don Roque: Conchita dice que la perdone.

ROQUE. – Está perdonada.

PERICO. – Y que sigue trabajando aquí...

ROQUE. – Ajá...

ATLANTA. – Quieren también hablar con usted los restos de una compañía que se disolvió en Medellín haciendo la Pasión... Dejaron varado allá a Pilatos con todos los apóstoles, y se vinieron en un camión Caifás, Judas y la Magdalena.

PERICO. – Con dos tramoyistas que no están sindicalizados...

ROQUE. – ¡Qué remedio!... Me tocará ser una vez más el Cristo...

PACIFICO. – Pero muy bien remunerado. No se queje... ¿Los hago pasar?

ROQUE. – Será...

ATLANTA. – Vamos a traerlos, Perico...

PERICO. – Vamos, sí... Aunque sea para no darles gusto a los que creyeron que tumbaban el espectáculo...

(*Salen ATLANTA y PERICO*).

ROQUE. – ¡Si todos fueran como esos dos!

PACIFICO. – No se haga ilusiones... Esos también se malean... Pero a pesar de todo, usted ya no saldrá de aquí... Esta es una sucursal del infierno... El que entra, se queda del todo... Si sale, es a tentar almas, para traerlas.

(*Entra PERICO*).

PERICO. – Ya vienen, don Roque... Le traigo además una gran noticia, ¡Se agotaron las localidades para esta noche!

PACIFICO. – ¿No se lo dije?

ROQUE. – Que entren, pues, todos esos desgraciados... ¡Que siga la corriente!... ¡Pronto, que solo quedan dos horas para ensayar...

TELON